

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
Tesis Licenciatura en Sociología

**Continuidad y ruptura:
las identidades de género a lo largo de tres generaciones**

Luciana Vaccotti
Tutora: Karina Batthyány

2006

CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	1
I. MARCO CONCEPTUAL	1
1. Algunos conceptos clave para el estudio de las relaciones sociales de género	3
2. La continuidad	4
3. Las identidades de género	6
4. La ruptura	8
5. ¿Hacia un cambio identitario?	9
II. DECONSTRUYENDO SIGNIFICADOS: ¿CUÁLES SON LOS PRINCIPALES ATRIBUTOS DE LAS IDENTIDADES DE GÉNERO?	10
1. LA FEMINEIDAD	10
1. 1. Entre lo tradicional y lo moderno: El desafío de la femineidad en la actualidad.....	11
1. 2. La vigencia de los estereotipos tradicionales: La "mujer-madre"	12
1. 3. La sensibilidad como patrimonio femenino.....	14
1. 4. La estética femenina: La presencia de otro estereotipo tradicional	16
2. LA MASCULINIDAD	17
2. 1. Los varones y su "responsabilidad" social	18
2. 2. La vigencia de los opuestos: ¿Masculinidad o "no-femineidad"?	18
2. 3. Los varones y el ejercicio de la violencia	21
2. 4. La impronta del "machismo" en la construcción de las identidades de género	22
3. EL ORIGEN DE LA DIFERENCIA	23
4. COINCIDENCIA Y TRADICIONALIDAD	24
III. LO PÚBLICO Y LO PRIVADO: UNA RELACIÓN DIFÍCIL	27
1. LA FAMILIA	27

1. 1. Discursos “correctos” y prácticas cotidianas	28
1. 2. ¿Igualdad o complementariedad	29
1. 3. ¿Una transición?	32
1. 4. Maternidad y paternidad: ¿Qué importancia tienen estos roles en la constitución de las identidades de género?	33
1. 5. Estabilidad y cambio: ¿La familia “tradicional” en transición?	35
2. EL TRABAJO	36
2. 1. La persistencia de estereotipos y la discriminación laboral.....	38
2. 2. El significado diferencial del trabajo en la constitución de las identidades de género	40
2. 3. El trabajo y la familia: ¿Interdependencia o valoración diferencial?	41
3. LA CIUDADANÍA	43
3. 1. Un escenario de desigualdades.....	46
IV. CONCLUSIONES	47
V. BIBLIOGRAFÍA	50
VI. ANEXO METODOLÓGICO	53
VII. SELECCIÓN DE CITAS	60
VIII. NOTAS	69

INTRODUCCIÓN

El presente informe surge como una síntesis del trabajo desarrollado en el marco del Taller Central de Desigualdades de Género, a cargo de Karina Batthyány, durante los años 2004 y 2005.

Ese trabajo partió del supuesto de que una de las principales explicaciones a la persistencia de relaciones de género desiguales en las sociedades occidentales contemporáneas radica en el arraigo subjetivo de pautas culturales, que al ser internalizadas y reproducidas por varones y mujeres, garantizan la continuidad de las desigualdades.

Sin embargo, el siglo XX ha sido testigo de importantes transformaciones en la condición femenina en las sociedades occidentales. Estas rupturas podrían señalar un proceso de transición hacia un tipo de sociedad efectivamente más igualitaria en materia de género. Pero estos cambios parecen no ser suficientes: las sociedades modernas aún se encuentran lejos de alcanzar un esquema igualitario. La incorporación subjetiva de pautas que vehiculizan las desigualdades continúa representando un obstáculo en el camino que dichas sociedades deben recorrer.

Estos supuestos generales sugieren que el escenario social en que tienen lugar las relaciones de género en la actualidad estaría signado tanto por la **continuidad** como por la **ruptura**. Es ante esta contradicción que surge la relevancia de preguntarnos: ¿Cómo conciben su identidad de género los varones y las mujeres jóvenes? ¿Cómo lo hacen las generaciones mayores? ¿En qué se parecen y en que difieren estas concepciones? ¿A qué se deben estas diferencias y/o similitudes?

A partir de estas interrogantes generales, este estudio se propuso analizar el discurso de varones y mujeres de tres generaciones con el objetivo de realizar una caracterización de las identidades de género "generacionales" así como señalar las principales continuidades y rupturas en las mismas.

Con este objetivo se realizaron entrevistas en profundidad a varones y mujeres de tres generaciones sucesivas de una misma familia. Las personas entrevistadas fueron tres abuelas, tres madres y tres hijas para los casos femeninos, y tres abuelos, tres padres y tres hijos para los casos masculinos. A su vez, se controló que estas personas cumplieren con una serie de requisitos, orientados a lograr una delimitación más precisa del objeto de estudio. Por mayor información sobre la estrategia metodológica, ver Anexo Metodológico. Para consultar un listado más extenso de fragmentos de las entrevistas, ver Selección de Citas.

A modo de justificación social y sociológica, cabe señalar que desde la perspectiva adoptada, una verdadera "*revolución simbólica*" que logre transformar el significado del género en tanto categoría socio-histórica resulta inviable en tanto no se conozcan los elementos que pueblan los imaginarios y las representaciones de una sociedad, así como

la tendencia en la cual se inscriben los mismos. Este trabajo pretende contribuir en este sentido.

El primer apartado recorrerá algunos de los conceptos fundamentales para el estudio de las identidades de género.

En el segundo apartado se presentarán los resultados de la primera parte de las entrevistas, la cual se orientó a una deconstrucción de los principales atributos de las identidades de género por parte de las personas entrevistadas.

El tercer apartado presentará los principales hallazgos para las dimensiones Familia, Trabajo y Ciudadanía, así como una reflexión acerca de la interrelación entre los ámbitos privado y público y su importancia en el proceso de construcción de las identidades de género.

Por último, el cuarto apartado presentará las principales conclusiones de la investigación, así como algunas propuestas para desarrollar en el futuro.

I. MARCO CONCEPTUAL

1. Algunos conceptos clave para el estudio de las relaciones sociales de género

La investigación partió del concepto de **género** desarrollado por Aguirre, que alude a *"las formas históricas y socioculturales en que hombres y mujeres interactúan y dividen sus funciones"*¹. Este concepto se ajusta a la perspectiva adoptada por este trabajo, ya que considera a ambos géneros y al dinamismo que caracteriza a la relación entre los mismos.

Es necesario enfatizar la diferencia entre los conceptos de **género** y **sexo**, aludiendo este último sólo a las diferencias biológicas o naturales entre varones y mujeres. Sin embargo, mediante lo que Bourdieu conceptualizó como un proceso colectivo de *"socialización de lo biológico y biologización de lo social"*², los significados de los conceptos de género y sexo tienden a entremezclarse, considerando a ciertas características tradicionalmente asociadas a los géneros como consecuencias inevitables de las diferencias biológicas.

En esta misma línea, Durán describe un proceso al que denomina **"construcción social del cuerpo"**, el cual implica que *"como naturaleza o biología, los cuerpos nacen 'dados', pero a través del hilo biográfico, los cuerpos se recrean en un proceso social que les 'construye', que les socializa, que les hace socialmente diferentes los unos de los otros. Esta 'construcción social del cuerpo' tiene lugar sobre todo en tres aspectos: (1) En su visibilidad y conocimiento; (2) En su adiestramiento y uso; (3) En su aprecio y valoración"*³. O en palabras de Mariana Paredes: *"Dato biológico indefectiblemente dicotómico. Construcción social indefectiblemente más compleja. En efecto, sobre la separación que impone la naturaleza, las diversas sociedades y culturas han entendido sobre 'lo masculino' y 'lo femenino' cosas bien distintas"*⁴.

El producto social de estos procesos son los llamados **sistemas de género**, entendidos como un conjunto de *"relaciones de poder, prácticas, creencias, valores, estereotipos y normas sociales"*⁵. Históricamente, y salvo escasas excepciones, los sistemas de género se han caracterizado por el dominio masculino.

Estos sistemas son contruidos socialmente, aunque su sustento radica en la diferencia biológica. En las sociedades occidentales la reproducción de los sistemas de género se ha visto favorecida por la acción conjunta de instituciones tales como la religión, el sistema legal, los medios masivos de comunicación y el sistema educativo⁶. Desde una perspectiva de género se hace hincapié en que el conocimiento de la identidad masculina y femenina no se reduce únicamente a la consideración de una serie de atributos naturales, sino que también se sustenta en elaboraciones culturales y sociales. Esta insistencia en el carácter socio-cultural de la identidad y subjetividad femenina promueve la liberación de la mujer de su "eterno natural", de su vínculo con la naturaleza, de su dedicación exclusiva a la reproducción, de la reducción de su personalidad a la función maternal y de su identificación con la naturaleza frente a la identificación del varón con la cultura. A partir de la consideración de la personalidad

como un constructo social es posible transgredir las identificaciones clásicas con el objetivo de establecer una nueva conceptualización de la realidad.

Diversos análisis sobre la dominación masculina, presente a lo largo del tiempo y el espacio, han consensuado en ubicar su origen en la **división sexual del trabajo**. A partir de la misma, los varones son asignados en forma primaria a la esfera pública o de la producción, socialmente valorizada, y las mujeres a la esfera privada o de la reproducción, socialmente desvalorizada. De acuerdo a Caruncho y Mayobre, *“la consideración dicotómica y jerárquica del mundo favorece, además, una concepción esencialista de los sexos, haciendo derivar la división sexual del trabajo ‘naturalmente’ de las diferencias biológicas entre los sexos. Esa división sexual del trabajo se consagra con la implantación del sistema industrial, con el profundo hiato introducido por el capitalismo entre el ámbito público y el ámbito privado. A partir de este momento se sanciona e institucionaliza la dedicación del varón al mundo profesional, laboral y político y el confinamiento de la mujer en el mundo doméstico y privado”*⁷.

2. La continuidad

La persistencia de la preeminencia social de lo masculino se explica por el carácter patriarcal de las sociedades occidentales. El concepto de patriarcado alude a *“la institucionalización del dominio masculino sobre mujeres y niños/as en la familia y la extensión del dominio masculino sobre las mujeres a la sociedad en general”*. En el mismo sentido, implica *“que los hombres ostentan el poder en todas las instituciones importantes de la sociedad y que las mujeres son privadas de acceso a ese poder. No implica que las mujeres carezcan totalmente de poder ni que estén privadas de derechos, influencias y recursos”*⁸.

Por su parte, el **“machismo”** –versión latinoamericana del patriarcado– representa una construcción cultural, basada en la historia de la evolución de la socialización de los roles de género. El machismo constituye un modo particular de concebir el rol masculino basado en el mito de la superioridad de los varones sobre las mujeres y la legitimidad de la autoridad que los mismos detentan sobre ellas. De acuerdo a Isla Molina, el machismo constituye *“un fenómeno multidimensional, en el cual se hallan imbricados tantos factores y de tan diversa índole, que siempre ha de ser pretencioso el plantearse siquiera la posibilidad de realizar el más somero análisis acerca de su naturaleza, la forma en que se ha erigido como un fenómeno transcultural, los mecanismos a través de los cuales se sostiene y perpetúa, las razones de su fundación [...] la explicación de un fenómeno con las características del machismo debe insertarse en un esfuerzo interdisciplinario que logre abarcar al menos en parte la complejidad que todo fenómeno social conlleva”*⁹.

De acuerdo a Bourdieu, la dominación masculina se explica por el ejercicio de la **violencia simbólica**, que es aquella que cuenta con la complicidad o el consentimiento de quien es víctima de la misma. Son las estructuras cognitivas quienes vehiculizan dicha dominación, al generar matrices de percepción que son compartidas por varones y mujeres. En las sociedades occidentales modernas, la violencia simbólica adquiere las más diversas formas en la vida cotidiana de varones y mujeres.

En la misma línea, Lipsitz Bem realiza un análisis en el cual utiliza la metáfora de “*los lentes del género*”, aludiendo así a tres elementos persistentes en los discursos y las prácticas de las sociedades occidentales, que contribuyen a la reproducción de los sistemas de género, así como también de las desigualdades que estos conllevan. Estas constantes son: el **esencialismo biológico**, que naturaliza las desigualdades sociales entre los géneros, dejando de lado la idea de la construcción social e histórica de las mismas, el **androcentrismo**, arraigado en cuatro de los principales discursos occidentales (la teología judeo-cristiana, la filosofía griega, la teoría psicoanalítica de Freud y la historia de la igualdad de derechos ante la ley norteamericana), y la **polarización de la sociedad de acuerdo al género**, basada en la legitimación científica del requisito cultural que tiende a la confluencia del sexo biológico con la construcción social de género que le corresponde culturalmente, privilegiando así la heterosexualidad exclusiva¹⁰.

De acuerdo a Bourdieu, la lógica del género adquiere el carácter de institución, inscrita por milenios en la objetividad de las estructuras sociales y en la subjetividad de las estructuras mentales. Esta conceptualización señala no sólo la relevancia del estudio de los mecanismos mediante los cuales la estructura social tiende a la reproducción del orden vigente, sino también la vital importancia del abordaje del plano subjetivo, del arraigo de dichas pautas culturales referentes al género, tanto en las mentes de los varones como de las mujeres.

En esta misma línea, Berger y Luckman afirman que al adquirir historicidad, las instituciones se objetivan y cristalizan, experimentándose “*como existentes por encima y más allá de los individuos a quienes ‘acaee’ encarnarlas en ese momento*”¹¹.

Partiendo del reconocimiento de estas conceptualizaciones, resulta de vital importancia el análisis de las **representaciones sociales**, entendidas como “*construcciones simbólicas individuales y/o colectivas a las que los sujetos apelan o las que crean para interpretar el mundo, para reflexionar sobre su propia situación y la de los demás y para determinar el alcance y la posibilidad de su acción histórica*”¹².

Lamas, por su parte, afirma que las representaciones sociales son “*construcciones simbólicas que dan atribuciones a la conducta objetiva y subjetiva de las personas. El ámbito social es [...] un espacio simbólico definido por la imaginación, y determinante en la construcción de la autoimagen de cada persona: la conciencia está habitada por el discurso social*”¹³.

En el mismo sentido, encontramos el estudio de la acción social de Max Weber, en el cual define a la misma como una actividad que conlleva un sentido, conforme al cual los agentes regulan sus comportamientos recíprocos. Esto presupone la integración de dichas actividades dentro de una continuidad, coordinada de acuerdo a reglas interiorizadas que generan expectativas recíprocas. Sin embargo, una práctica social sólo logra constituirse como tal en tanto logre inscribirse en una red significativa que esté por encima tanto de individuos como de momentos específicos¹⁴. Con el fin de autodesignarse, así como también de fijar simbólicamente sus normas y valores, las sociedades generan un *imaginario social*. Este consiste en un conjunto de representaciones

mediante las cuales dicha formación social se reproduce, distribuyendo las identidades y los roles de acuerdo a las necesidades colectivas y los fines a realizar¹⁵.

De acuerdo a Banchs Rodríguez, las representaciones sociales plantean la paradoja de ser altamente dinámicas –en el contexto actual de cambios sociales– al tiempo que tienen un núcleo central en la tradición, el cual resulta difícilmente cambiante. Las representaciones sociales son parte de una cultura, conteniendo elementos periféricos dinámicos y elementos centrales estables. En el caso de las identidades de género, la autora considera que el núcleo central de la representación es particularmente estable y resistente¹⁶.

El supuesto de la existencia de comportamientos masculinos y femeninos se encuentra íntimamente relacionado con la conceptualización ya expuesta de las representaciones sociales, y más precisamente, con la idea de los **estereotipos**. Un estereotipo corresponde a *“una opinión prefabricada, un cliché en gran parte independiente de las reacciones individuales, producido por una generalización no científica reveladora de las presiones sociales [...] el estereotipo representa un sistema de percepción, de interpretación y de creencia controlada por el grupo, y su conjunto rige las relaciones perceptivas intergrupales”*¹⁷.

Sin embargo, Berthelot y Henry consideran que en la actualidad los estereotipos de género resultan sumamente dinámicos. En este sentido, los autores señalan que *“desde hace algunos años, la exteriorización de la identidad homosexual (a través de la ‘gay and lesbian pride’, por ejemplo) está desencadenando un nuevo ataque a los estereotipos”*¹⁸.

Los abordajes teóricos anteriormente mencionados conducen al supuesto de la existencia de **roles de género**, asignados a varones y mujeres de acuerdo a un criterio funcional, orientado a la reproducción del orden social existente. De acuerdo a Lamas, los papeles o roles de género son aquellos que se forman con el conjunto de normas y prescripciones que dicta la sociedad y la cultura con respecto al comportamiento masculino o femenino, cuya división básica corresponde a la división social del trabajo. En palabras de Caballero, los roles de género *“son expectativas socialmente creadas sobre el comportamiento masculino y femenino, son construcciones sociales que contienen conceptos del sí mismo, rasgos psicológicos y roles familiares, ocupacionales y políticos asignados dicotómicamente a los miembros de cada sexo. Involucran actitudes, normas y valores que la sociedad designa como masculinos y femeninos, consolidando un sistema de estratificación basado en la disimilitud en la apropiación-distribución del poder”*¹⁹.

3. Las identidades de género

De acuerdo a Santos Velásquez, la identidad representa *“el hecho de que una persona se reconozca como ella misma, con una continuidad en la historia, con determinadas características y una ubicación en un contexto social determinado”*. A su vez, constituye *“aquel conjunto de representaciones por medio del cual el sujeto comprueba que es siempre igual a sí mismo y diferente de los otros. Es necesario agregar que esta unidad tiene su origen en el reconocimiento de los otros y es corroborada permanentemente por ellos. La identidad desempeña un papel*

estructurante que da coherencia a la existencia como existencia social, y establece puentes entre la experiencia individual y la vida social"²⁰.

En palabras de Martín Baró, la identidad constituye *"El enraizamiento de la persona en un determinado mundo de significaciones así como en una determinada red de relaciones sociales. [...] Tiene cuatro características fundamentales: (1) está referida a un mundo, (2) se afirma en la relación interpersonal, (3) es relativamente estable, y (4) es producto tanto de la sociedad como de la acción del propio individuo"*²¹.

De acuerdo a esta perspectiva teórica, la identidad adopta un carácter procesual, histórico y social.

En su análisis socio-psicológico de la construcción de la identidad de género en las sociedades modernas, Lipsitz Bem presenta una perspectiva teórica surgida de la integración de las principales corrientes que han incursionado en el estudio de este fenómeno. Estas son: la socialización, las del constreñimiento situacional producido por la estructura social, las del conflicto psicodinámico y las que enfatizan el aspecto individual de la construcción de la identidad. El supuesto del que parte esta teoría es que el individuo, desde su nacimiento y hasta su muerte, se encuentra situado en un contexto histórico y social que ha incorporado una forma de percepción de la realidad androcéntrica y fuertemente polarizada en torno al género. Esto se expresa en el contenido de los discursos culturales y las prácticas sociales. A partir de estas, varones y mujeres adquieren una experiencia social diferenciada, mediante la cual, el androcentrismo y la polarización genérica de la cultura son incorporadas por la psiquis del individuo. Por ende, la construcción de la identidad de género constituye tanto un proceso como un producto. Comprende la construcción de una personalidad acorde al género, de un cuerpo adecuado al mismo, la práctica de la heterosexualidad y el rechazo de la homosexualidad²².

En este punto, resulta necesario distinguir los conceptos de identidad y orientación sexual. En palabras de Santos Velásquez, *"la identidad es el sentimiento de pertenencia al género masculino o femenino (o a una determinada mezcla de los dos, por ejemplo, el transexual). La orientación o preferencia se refiere al hecho de preferir relaciones heterosexuales, homosexuales o ambas"*²³. Lipsitz Bem por su parte, afirma que *"aunque los conceptos de heterosexualidad, homosexualidad y bisexualidad puedan ser ficciones histórica y culturalmente creadas, al igual que los conceptos de masculinidad y femineidad [...] son ficciones que adquieren realidad psicológica si son institucionalizados por la cultura dominante"*²⁴.

En la misma línea, Badinter señala que *"la adquisición de una identidad –social o psicológica– es un proceso extremadamente complejo que comporta una relación positiva de inclusión y una relación negativa de exclusión. Nos definimos a partir de parecernos a unos y de ser distintos a otros. El sentimiento de identidad sexual obedece también a estos procesos"*²⁵.

Sintetizando los elementos anteriormente expuestos, podemos suponer que la identidad sexual o genérica se construye a través de *"las articulaciones y expresiones que surgen de sus ejes constitutivos fundamentales: el sexo, con todos los componentes y determinantes biológicos,*

los roles o papeles sexuales, con la "actuación" social, y la orientación sexual de la persona"²⁶.

4. La ruptura

Saltzman, en su teoría integrada de estabilidad y cambio, plantea que el actual sistema de desventaja femenina es una consecuencia directa de la división sexual del trabajo. De acuerdo a esta perspectiva, la explicación de cualquier cambio que acontezca a la interna de dicho sistema de estratificación social, debe buscarse a través del análisis de los cambios acontecidos en la propia división sexual del trabajo.

El siglo XX ha conocido cambios acelerados y de suma relevancia en lo que refiere a la condición femenina, siendo la principal expresión de los mismos, la creciente y legitimada inserción de las mujeres en el mercado laboral y en menor medida, en otros ámbitos de poder y toma de decisiones de la sociedad.

De acuerdo a Paredes, *"Las sociedades occidentales han visto surgir en el siglo XX el apogeo y la crisis de 'la familia'. Una familia de tipo nuclear-conyugal, aislada y patriarcal en cuyo seno se fue engendrado un profundo conflicto entre los sexos"*²⁷. En este sentido, Paredes agrega que *"la fuerza que ha tenido el parentesco y la familia como regulador de las relaciones sociales han sido desplazados en gran parte por el Estado y el mercado en las sociedades contemporáneas, a posteriori de los procesos de modernización e industrialización. Las relaciones familiares transitan en este contexto desde estructuras que, sólidamente demarcadas, establecían los por qué y los para qué de cada cosa, hasta vínculos que necesariamente deben construirse, reconstruirse y reconfigurarse en un escenario donde las formas ya no cuajan tanto y donde las libertades individuales conviven con la presión que cualquier institución ejerce sobre ellas"*²⁸.

En este sentido, investigaciones que datan de varias décadas atrás señalaron una tendencia hacia concepciones más igualitarias en materia de relaciones de género, presentes, al menos a nivel discursivo, en las sociedades democráticas occidentales²⁹.

Para el caso específico de Uruguay se observa que *"la creciente incorporación de las mujeres uruguayas al mercado de trabajo constituye uno de los cambios más relevantes en la evolución de su condición social y económica. A lo largo del siglo XX la cantidad que desarrollan alguna actividad reconocida en el mercado de trabajo se multiplicó por 10. En 1999, una de cada dos mujeres de 15 años y más pertenecen a la fuerza de trabajo, representando el 41% de la PEA total del país"*³⁰.

Sin embargo, Aguirre considera que *"En el mundo del trabajo la conquista de la igualdad formal no se traduce en efectivo ejercicio de los derechos ni prácticas igualitarias"*³¹. La autora señala que más allá de los avances registrados en este ámbito, una amplia gama de desigualdades de género aún persisten.

Paredes plantea que las transformaciones en las relaciones de género en Uruguay no se reducen al mercado de trabajo: la familia constituye otro ámbito en el cual se registran importantes transformaciones. En este sentido afirma que *"En las últimas décadas del siglo*

XX la sociedad uruguaya ha experimentado transformaciones en las relaciones de género en base a la incorporación de una mayor equidad entre hombres y mujeres en diferentes ámbitos de la vida social, y en las dinámicas familiares en base a la pérdida de vigencia de la pauta tradicional de familia nuclear-conyugal”³².

Por último, es necesario aclarar que el género es una categoría cultural que no puede desvincularse de otras, tales como raza, etnia, clase social, medio rural o urbano, etc. De la identidad de género se ha pasado a hablar de las **identidades de género**, en plural.

5. ¿Hacia un cambio identitario?

Bajo el supuesto de que la identidad de género se construye a partir de tres elementos fundamentales: **el sexo, los roles sexuales o de género y la orientación sexual de la persona**, ¿resulta válido suponer que la alteración de uno de estos tres componentes esenciales se vería reflejada en ciertos cambios en el proceso de construcción identitaria? De ser así, la firme inserción laboral femenina representa un nuevo conjunto de roles de género desempeñados por las mujeres. Por lo tanto, ¿podría hablarse de un proceso de redefinición de la identidad femenina, teniendo en cuenta que los roles de género que solían constituir la en gran parte ya no son los mismos?

De acuerdo a la perspectiva teórica ya explicitada, podemos afirmar que a la actual organización social y cultural subyace el principio de la **alteridad** de los roles de género y, por lo tanto, de las identidades de género, entendida como *“lo opuesto a la mismidad. Es el espacio de lo otro [...] e implica una relación entre lo uno y lo otro, para poder afirmarse como uno”³³*. En la misma línea, Kimmel afirma que *“masculinidad y femineidad son conceptos relacionales [...] nadie puede comprender la construcción social de la masculinidad o a femineidad sin que la una haga referencia a la otra [...] lejos de ser pensada como un absoluto, la masculinidad, atributo del hombre, es al mismo tiempo relativa y reactiva. De tal modo que cuando cambia la femineidad [...] la masculinidad se desestabiliza”³⁴*. Banchs Rodríguez por su parte señala que, *“el género es eminentemente relacional. Las identidades de género se definen al oponer el ego al alter, al identificar lo propio de él y lo propio de ella, al distinguir lo masculino de lo femenino, al definir lo prohibido y lo permitido tanto para hombres como para mujeres”³⁵*.

Este abordaje nos conduce a suponer que el proceso de redefinición del status social e identitario de la mujer tiene algún efecto en los varones. ¿Acaso podemos suponer también una *redefinición* de la identidad masculina? ¿Podemos hablar de una única identidad masculina?

Por lo tanto, ante la hipótesis de una redefinición de los roles de género y, como consecuencia, también de las identidades de género, cabe preguntarnos: ¿cómo se refleja este fenómeno en los sistemas de género? ¿Acaso estos contemplan o asimilan este nuevo conjunto de roles de género?

Frente a este cuestionamiento de la estabilidad de los sistemas de género, ¿resulta válido seguir hablando de dominación masculina? ¿Puede verse cuestionado también este concepto?

De acuerdo a Paredes, *“las relaciones de género sufren transformaciones que se manifiestan en forma diferente en la esfera ‘privada’ y en la vida ‘pública’ y también de manera desigual: mercado laboral, sistema educativo y vida familiar constituyen ámbitos donde poder observar estos procesos”*³⁶. En este sentido, la autora afirma que *“los cambios en la construcción social de las identidades de género tienen una estrecha relación con el significado atribuido a la maternidad y a la paternidad. Cabe suponer que a medida que la mujer se incorpora a las esferas ‘públicas’ de la vida social, ya no es la maternidad el único proyecto vital a llevar a cabo en el contexto de su ciclo vital. El ‘ser madre’ es una dimensión que se articula con otras que van cobrando fuerza en el proceso de construcción de la identidad femenina. Paralelamente, la paternidad también cambia de sentido: la pérdida de vigencia del modelo breadwinner que mantenía al hombre como único proveedor económico del hogar afecta la construcción de la identidad masculina. Se trastocan los aspectos relativos a la contribución económica en el hogar y esto trae consecuencias en el plano afectivo y en la nueva conjugación de papeles al interior de la familia”*³⁷.

Resulta fundamental aclarar que este análisis solo resulta aplicable en el caso de las sociedades democráticas occidentales, ya que estas ofrecen, al menos a nivel discursivo y formal, un marco legal igualitario para varones y mujeres.

Ante las interrogantes planteadas, Lipovetsky afirma que *“la dinámica democrática no llega hasta las últimas consecuencias. Si bien se esfuerza por reducir las oposiciones de género, no por ello prepara su confluencia: las identidades sexuales se recomponen más que se desmoronan, y la economía de la alteridad masculino / femenino no resulta en absoluto invalidada por el curso de la igualdad. El hombre sigue asociado prioritariamente a roles públicos e instrumentales, la mujer a roles privados, estéticos y afectivos; lejos de obrar una ruptura radical con el pasado histórico, la modernidad labora por reciclarlo sin cesar”*³⁸.

Este contexto contradictorio, de estabilidad y cambio en los sistemas de género, sugiere la siguiente pregunta de investigación:

¿Qué continuidades y qué rupturas se aprecian en el discurso de varones y mujeres de tres generaciones en lo que respecta a la constitución de sus identidades de género?

II. DECONSTRUYENDO SIGNIFICADOS: ¿CUÁLES SON LOS PRINCIPALES ATRIBUTOS DE LAS IDENTIDADES DE GÉNERO?

En este apartado se presentan los principales hallazgos de la primera parte del guión de entrevista utilizado en el marco de esta investigación³⁹, en la cual se apuntó a que las personas entrevistadas “deconstruyeran” sus identidades de género, señalando los principales atributos de las mismas así como los mecanismos que operan en su construcción.

1. LA FEMINEIDAD

Ante los procesos de transformación acaecidos en la figura sociohistórica de las mujeres, Lipovetsky se pregunta: ¿por qué las mujeres están manifestando formas de concebirse a sí mismas y de ser ante los varones que pertenecen a modelos tradicionales, junto a otras insertas en una nueva manera de definirse y relacionarse? Las últimas tres décadas del siglo XX han revolucionado el destino y la identidad de las mujeres. De acuerdo al autor, la nueva figura social de lo femenino marca una fuerte ruptura en la historia de las mujeres, señalando *“un supremo avance democrático aplicado al estatus social e identitario de lo femenino”*⁴⁰.

Sin embargo, estas transformaciones no parecen implicar una ruptura de los mecanismos de diferenciación social de los sexos. De acuerdo a Lipovetsky, en sintonía con las exigencias de libertad e igualdad, se reactualiza la división social de los sexos, de maneras más imprecisas y menos visibles. Esta continuidad relativa de los roles de género constituye un fenómeno que desafía la comprensión de los procesos de la identidad femenina en las sociedades democráticas.

Las entrevistas a las mujeres de las tres generaciones comenzaron con la pregunta *“¿Qué significa para usted ser mujer?”*. El objetivo de este estímulo fue el de hacer explícito lo implícito, es decir, intentar que las mujeres deconstruyeran ciertos aspectos de la femineidad. Estos son algunos de los principales elementos surgidos de esta primera instancia.

1. 1. Entre lo tradicional y lo moderno: El desafío de la femineidad en la actualidad

El discurso de las mujeres de las tres generaciones – a las que haremos referencia de aquí en más como “adultas mayores”, “adultas” y “jóvenes” – sugiere que la femineidad actualmente representa un desafío, en tanto implica conciliar roles de género tradicionales y roles modernos, recientemente asumidos en forma masiva por las mujeres. Las expresiones de las mujeres entrevistadas señalan que el ejercicio de roles tradicionales y modernos en forma conjunta y generalizada implica un creciente

protagonismo así como una mayor responsabilidad de las mujeres en los diversos ámbitos de la sociedad.

De acuerdo a las adultas mayores, la femineidad actualmente implica una creciente responsabilidad social. Esta responsabilidad está dada principalmente por la vigencia de la tradicional centralidad femenina en el ámbito privado, sumada a una nueva necesidad de alcanzar una inserción exitosa en el ámbito público (1).

En la misma línea, las adultas señalan que ser mujer en las sociedades contemporáneas significa ser madre y trabajadora. Las adultas señalan que estos roles tienen lugar en un escenario social en constante transformación, en lo que respecta al status social de las mujeres (2).

“Ser mujer es un desafío. Es una responsabilidad grande, porque pienso que la mujer es un poco el eje en la casa. La mujer es la persona que trata de organizar todas las cosas sobre todo cuando hay hijos, además la mujer hoy por hoy tiene un rol, además de ama de casa, un rol laboral. Por lo tanto hay que cumplir con ese rol laboral, con el rol de la casa, con la familia, con su esposo o su pareja, como quieras llamarle. Así que es un desafío y un papel muy importante.” (adulta 1)

Por su parte, las jóvenes coinciden en que la femineidad actualmente representa un importante desafío, en el entendido de que las mujeres han asumido roles que solían ser exclusividad de los varones, a la vez que continúan manteniendo roles tradicionalmente femeninos (3). Sin embargo, las jóvenes consideran que este proceso —que podría interpretarse como una transición hacia un sistema de género más igualitario en su asignación de roles— tiene su principal expresión en las mujeres, ya que son ellas quienes han incorporado nuevos roles, mientras que si bien los varones han acompañado este proceso, lo han hecho en forma paulatina y dificultosa (4).

En síntesis, vemos que las mujeres de las tres generaciones consideran que la femineidad en la actualidad representa un desafío, en tanto implica el desempeño generalizado de nuevos roles, principalmente situados en la esfera pública, sumado al desempeño de roles femeninos tradicionales, principalmente situados en la esfera privada. La femineidad es percibida como un desafío en tanto implica una mayor asignación de tareas, responsabilidades y expectativas sociales, en el marco de un contexto social signado por cambios en las relaciones sociales de género.

1. 2. La vigencia de los estereotipos tradicionales: La “mujer-madre”

La maternidad ha sido tradicionalmente concebida como un rol fundamental y constitutivo de la identidad femenina. Los conceptos de mujer y madre han tendido a asociarse íntimamente en las representaciones sociales, reduciendo en muchas oportunidades la identidad femenina a la función maternal.

Las mujeres de las tres generaciones coinciden en que el rol de madre resulta central en lo que respecta a la constitución de la identidad femenina. Sin embargo, se observan matices a nivel intergeneracional.

Al ser indagadas en torno a los atributos y significados de la identidad femenina, las adultas mayores mencionaron sistemáticamente el rol de madre. Una de las entrevistadas incluso afirmó: *“Para mí, ser mujer significa ser madre”* (adulta mayor 1).

La posibilidad de gestar a los hijos históricamente ha sido uno de los aspectos fundamentales a la hora de pensar y conceptualizar la identidad femenina. Mujer, madre y naturaleza han conformado una tríada de elementos que desde la modernidad clásica e incluso hasta el día de hoy, definen el ser y deber ser de la identidad femenina.

Sin embargo, a partir de la década del ‘60, el feminismo teórico-práctico se propuso romper con estos estereotipos, asumiendo como meta la liberación de la mujer. Esta corriente incluyó dentro de sus objetivos centrales el de repensar la maternidad. Esta reflexión sobre la maternidad reveló que la misma no se limitaba al ejercicio de aquellas funciones que necesariamente corresponden a la mujer —como la gestación, el parto y los primeros cuidados del recién nacido— sino que otras tareas como la socialización, la educación de los hijos, los trabajos de cuidados y una amplia gama de tareas domésticas, también eran “naturalmente” consideradas como responsabilidades de la madre.

Este análisis deconstructivista puso al descubierto que el fenómeno de la maternidad incluye diversos aspectos de carácter social, los cuales podrían ser asumidos indistintamente por cualquiera de los progenitores, e incluso ser distribuidos de modo equitativo entre ambos. En este sentido, Banchs Rodríguez afirma que *“de la condición biológica que nos permite engendrar, parir y amamantar, no emana una habilidad especial para educar, criar, cuidar, limpiar, es decir, nuestro sexo biológico no secreta ninguna hormona o cosa por el estilo que nos defina como las destinatarias de las tareas reproductivas. Sin embargo, esto forma parte de nuestras identidades, ser mujeres de verdad, pareciera significar, ser madres, esposas, amas de casa, educadoras moralizantes, etc”*⁴¹.

Las mujeres de las tres generaciones refirieron a este conjunto de roles asociados a la maternidad, sosteniendo que ser madre significa mucho más que sólo gestar, dar a luz y amamantar a los hijos.

“Ser madre no es sólo tener a los hijos, sino cuidarlos, educarlos, etc. Una mujer tiene que tener hijos porque tiene que cuidarlos y esas cosas que están asociadas al hecho de ser madre”. (joven 2)

Sin embargo, el reconocimiento de que la maternidad implicaba responsabilidades social e injustificadamente atribuidas a las mujeres no clausuró el debate en torno al tema. Teóricos y teóricas provenientes de diversas áreas y paradigmas científicos se negaron a aceptar que parte de las tareas tradicionalmente asociadas al rol de madre podían ser indistintamente asumidas por ambos sexos. Hipótesis biologicistas sostenían que la mujer estaba mejor capacitada por la naturaleza para asumir la crianza y el cuidado de los hijos. Ciertos atributos como la ternura, el afecto y la paciencia parecían ser

inherentes a la naturaleza femenina, estando ausentes en la naturaleza del varón. Ante estos planteamientos, el debate en torno a la maternidad en el seno de la teoría feminista ha tenido un denominador común: el rechazo hacia los planteamientos esencialistas y reificadores de las diferencias entre los sexos.

De acuerdo a Aguirre y Batthyány, *“La distribución social del trabajo en los cuidados infantiles sigue líneas de género muy claras, definiendo tareas que realizan las mujeres y tareas que realizan los hombres”*⁴². De acuerdo a datos surgidos de la investigación *“Uso del tiempo y trabajo remunerado”*, las autoras afirman que el promedio de horas semanales dedicadas a los cuidados infantiles por las mujeres es de 27 horas semanales, mientras que el promedio de los cónyuges es de 13 horas semanales (además de las horas dedicadas semanalmente por otros familiares).

Por su parte, las adultas y las jóvenes, si bien manifiestan que el rol de madre aún representa un elemento fundamental en la constitución de la identidad femenina, relativizan su centralidad absoluta (5). Su discurso señala que si bien la maternidad continúa ostentando un lugar privilegiado entre los roles pilares de la femineidad, así como en el proyecto de vida de las mujeres en general, este protagonismo es ahora compartido con otros roles que adquieren una renovada importancia, entre los cuales se destaca el trabajo remunerado.

“Creo que para las mujeres el tema de ser madres tiene otra importancia dentro de su proyecto de vida, no para todas y creo que cada vez las mujeres son madres más viejas, porque se valoran mucho más otras cosas... Pero en realidad se sigue manteniendo eso de que las mujeres problematizan mucho más todo el tema de ser madres, desde mucho antes, desde chicas.”(joven 3)

En suma, vemos que las mujeres de las tres generaciones coinciden en que la femineidad está fuertemente asociada a la maternidad, la cual implica no sólo la gestación de los hijos sino una variada gama de cuidados y atenciones posteriores al nacimiento de los hijos. Sin embargo, se aprecian ciertas rupturas a nivel intergeneracional. Mientras que las adultas mayores consideran que la maternidad representa un rol central en la constitución de la identidad femenina –en tanto determina una serie de características constitutivas de la femineidad– las adultas y las jóvenes reconocen que la maternidad constituye un rol de sumamente relevante, aunque no necesariamente central en la constitución de la identidad femenina. De acuerdo a estas últimas, las mujeres pueden realizarse plenamente como tales sin experimentar la maternidad. Las percepciones de las dos generaciones más jóvenes sugieren que para muchas mujeres, la maternidad ya no ocuparía un lugar central e indiscutido en su proyecto de vida. Profundizaremos en este aspecto más adelante.

1. 3. La sensibilidad como patrimonio femenino

Las adultas mayores y las adultas coincidieron en que la femineidad se caracteriza—entre otros elementos—por una sensibilidad diferenciada y fuertemente asociada a la experiencia de la maternidad (6). Esta sensibilidad femenina—a la que algunas

entrevistadas incluso refieren como “instinto maternal” – se diferencia de la sensibilidad masculina, la cual es concebida por estas mujeres como limitada y fruto de una socialización tradicional. En este sentido, la masculinidad es visualizada como una limitante, en tanto el modelo de varón dominante o hegemónico es interiorizado como una tensión emocional a lo largo de la socialización del varón, quien es forzado a reprimir su emocionalidad.

“No sé si el instinto maternal existe o no, pero yo creo que la mujer por ser madre tiene otra sensibilidad, que hay muchos hombres que también la tienen, pero la tienen muy escondida, y por eso capaz que les cuesta. Es por esta sociedad machista en que vivimos que les cuesta demostrarlo, porque piensan que si demuestran que son más sensibles son menos hombres, ¿no? Por eso las mujeres aparecemos siempre como más sensibles. No sé si somos más sensibles, puede ser que el hecho de ser madre te haga más sensible. Pero creo que el hombre lo tiene muy guardado porque les da mucho miedo demostrar que lo son”. (adulto 2)

Por su parte, las jóvenes consideran que si bien existe una creencia generalizada en una sensibilidad femenina diferencial, el origen de este fenómeno no es biológico, sino cultural, y se evidencia en la existencia de varones sensibles y mujeres que no lo son tanto (7).

Pero a pesar de estas afirmaciones, el discurso de las mujeres de las tres generaciones presenta elementos esencialistas, en tanto atribuye características a la femineidad en el entendido de que constituyen consecuencias de sus rasgos biológicos, y más específicamente, de la experiencia de la maternidad. En este sentido, las entrevistadas señalan cualidades femeninas (como la valentía y la fortaleza) y cuestionan estereotipos tradicionales acerca de la debilidad o inferioridad del sexo femenino, justificando este cuestionamiento en la magnitud de la experiencia de la maternidad (8). Estos elementos sugieren que la identidad femenina estaría fuertemente condicionada por su naturaleza, que la vincula a una función reproductora que incide sobre las mujeres desde una triple perspectiva: biológica, psicológica y social.

A la hora de abordar esta configuración de la identidad femenina, debemos tener en cuenta que el pensamiento occidental se fundamenta en una serie de dicotomías: mujer versus hombre, naturaleza versus cultura, privado versus público, reproducción versus producción, intuición versus razón, cuerpo versus intelecto. Esta visión dicotómica de la realidad implica una jerarquización de las partes, así como la asociación de la mujer con los términos menos prestigiosos de la misma: la naturaleza, el ámbito privado, la reproducción, la intuición y el cuerpo, en tanto que al varón es asociado con la cultura, la esfera pública, el ámbito de la producción y la razón.

El discurso de las mujeres, más allá de presentar rupturas significativas a lo largo de las tres generaciones, evidencia el arraigo de un sistema de géneros que privilegia el vínculo de las mujeres con el ámbito privado, lo cual se expresa en la centralidad del rol de madre en los procesos de construcción identitaria.

Las mujeres de las tres generaciones consideran que la sensibilidad femenina tiene varias expresiones sociales; una de ellas es el romanticismo. Las adultas mayores reconocen que las mujeres son más románticas que los varones (9). Respecto a esto, Lipovetsky señala que más allá de los cambios que se han producido en la identidad femenina, las mujeres continúan ostentando un vínculo privilegiado con los ideales amorosos.

Asimismo, las mujeres de las tres generaciones señalan que la femineidad también se caracteriza por ciertas capacidades comunicacionales, que se evidencian claramente en el ámbito familiar, donde la mujer cumple un rol central en lo que respecta al mantenimiento de la cohesión afectiva del hogar. Retomaremos este tema más adelante.

En síntesis, puede observarse que el discurso de las mujeres contiene elementos esencialistas, ya que atribuye una sensibilidad especial a las mujeres, derivada de la experiencia de la maternidad. Esta visión presenta matices a nivel intergeneracional, aunque también se encuentra presente en el discurso de las mujeres más jóvenes. No obstante, al reflexionar acerca de la existencia de una sensibilidad femenina, las adultas y jóvenes manifiestan que la misma constituye una realidad, pero reconocen la incidencia de una socialización diferencial, que limita la afectividad y la expresividad de los varones y conduce a la generalización del estereotipo de la mujer sensible.

1. 4. La estética femenina: La presencia de otro estereotipo tradicional

Las mujeres de las tres generaciones consideran que la femineidad también se caracteriza por vínculo diferencial con los elementos estéticos. En este sentido, las adultas mayores consideran que la “coquetería” y el cuidado personal constituyen rasgos característicos de la identidad femenina⁴³ (10). Sin embargo, esta estética femenina no sólo se expresa en el cuidado personal de las mujeres, sino también en su entorno inmediato. Las adultas y adultas mayores señalan la importancia de los “detalles” femeninos, secuelas de una socialización que fomenta una serie de pautas comportamentales diferenciales en las mujeres (11).

“El arreglo personal es bien típico femenino, la coquetería, el detalle, vamos a suponer, cuando tú tenés invitados en tu casa, los detalles de las mesas, de los arreglos, son los detalles femeninos. Me parece que es algo nato en la mujer, bueno, es así la crianza que hemos tenido también.” (adulta 1)

Las jóvenes también hacen mención a este aspecto de la femineidad. Mencionan algunos rasgos tradicionales de la estética femenina, condensados en la expresión “ser señorita”, la cual implica atributos tales como modales determinados, dulzura y suavidad (12). Sin embargo, cuestionan la vigencia de estas pautas estéticas impuestas a las mujeres y afirman que en la actualidad ya no existe una única expresión estética de la femineidad, sino que la misma admite manifestaciones estéticas más flexibles.

“Yo no cumpla tanto con los parámetros de lo femenino, soy medio ‘machona’, y yo soy mujer igual y soy femenina, más allá de no ser toda coqueta, y fina y hablar de

una forma determinada y vestirme linda, pero creo que soy femenina. Creo que no hay una sola forma de ser mujer específica, sino que cada una vive lo que es ser femenina a su forma". (joven 3)

De acuerdo a Lipovetsky, el siglo XX acaba con la dimensión elitista de la belleza, mediante la difusión de normas e ideales de "lo femenino" a través de los medios masivos de comunicación. La moderna cultura industrial y mediática vehiculiza la llegada de una nueva fase en la historia de la belleza femenina: una fase comercial y democrática. Varios estudios señalan que estas nuevas pautas estéticas también alcanzan a los varones, aunque las mujeres continúan ejerciendo una relación privilegiada con las mismas.

Más allá de las transformaciones acaecidas en el status social e identitario de las mujeres, las entrevistas revelan que la estética sigue siendo percibida como un elemento fuertemente asociado a la femineidad, sobre todo en las apreciaciones de las adultas mayores y las adultas. Las jóvenes también reconocen este aspecto, aunque lo cuestionan desde sus propias prácticas, considerando que en la actualidad la femineidad admite diversas expresiones estéticas.

2. LA MASCULINIDAD

En palabras de Connell, *"la masculinidad, si se puede definir brevemente, es al mismo tiempo la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de esas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura"*⁴⁴.

Al igual que en el caso de las mujeres, las entrevistas realizadas a los varones de las tres generaciones – a los que de aquí en más referiremos como "adultos mayores", "adultos" y "jóvenes", y en el caso de las citas "joven V número" – comenzaron con la pregunta: *¿Qué significa para usted ser varón?* Los varones de las tres generaciones presentaron una visión de la masculinidad y la femineidad como dos realidades perfectamente diferenciadas entre sí, no sólo desde el punto de vista biológico, sino también en lo que respecta a las formas de pensar de varones y mujeres.

En primer lugar, resulta interesante señalar que los varones de las tres generaciones consideran que la masculinidad constituye una realidad dinámica, en constante transformación (13). Esta conceptualización de la masculinidad como realidad definida a la vez que en constante transformación, se encuentra en consonancia con la perspectiva teórica adoptada para esta investigación, de acuerdo a la cual, la masculinidad representa una construcción social, por ende histórica y contingente.

2. 1. Los varones y su “responsabilidad” social

Los varones de las tres generaciones coinciden en que la masculinidad implica una asignación de responsabilidades en todas las esferas de la sociedad. No obstante, esta conceptualización presenta matices a través de las tres generaciones.

Los adultos mayores y los adultos son quienes principalmente enfatizan esta atribución de responsabilidades. Desde esta perspectiva, ser varón implica ser el responsable de los distintos ámbitos: la familia, el trabajo y la sociedad en su conjunto (14). La atribución de responsabilidades a la masculinidad se asocia a la posición dominante que ocupa y ha ocupado el hombre en las sociedades patriarcales o “machistas”. En palabras de Marqués: “*ser varón en la sociedad patriarcal, es ser importante. Este atributo se presta con un doble sentido: por una parte, muy evidente, ser varón es ser importante porque las mujeres no lo son; en otro aspecto, ser varón es ser muy importante porque comunica con lo importante, ya que todo lo importante es definido como masculino*”⁴⁵. Esta importancia socialmente atribuida a la figura del varón se expresa en los distintos ámbitos de la sociedad, en los que el varón ocupa un lugar preponderante, siendo el “responsable” y el “protector” de los mismos.

“[ser varón] Significa ser el responsable, si tenés una familia, de ella, significa que tenés... En la educación de la sociedad uruguaya el hombre tiene que ser responsable de todos sus actos, de todo lo que hace, de todo lo que le pasa a su familia. [...] Tenés que ser responsable de todo lo que sucede en tu entorno familiar y generar hacia fuera... yo que sé... desde respeto hasta... Sos el protector total de la sociedad, digamos”. (adulto 3)

Por su parte, los jóvenes consideran que si bien la masculinidad implica responsabilidades diferenciales en las distintas esferas de la sociedad –principalmente la familia y el mundo del trabajo– esto se ve crecientemente cuestionado por los importantes cambios que atraviesan las sociedades occidentales. Estas transformaciones se ven signadas por la creciente pérdida de legitimidad del poder patriarcal y por el movimiento global por la emancipación de las mujeres. Profundizaremos en estos aspectos más adelante.

En suma, vemos que las tres generaciones de varones entrevistados consideran que la responsabilidad resulta un elemento constitutivo fundamental de la identidad masculina. Este elemento se aprecia claramente en el discurso de los adultos mayores y los adultos, mientras que los jóvenes se muestran más críticos hacia esta visión, en el entendido de que los cambios que atraviesan las sociedades cuestionan fuertemente la vigencia de estas pautas.

2. 2. La vigencia de los opuestos: ¿Masculinidad o “no-femineidad”?

La variable “*orientación sexual*” no fue incluida en el guión de entrevista. Sin embargo, los entrevistados hicieron mención a su importancia de forma espontánea. Varios autores que han estudiado la identidad masculina han sugerido que no es fácil para los varones vivir en una sociedad que permanentemente les exige pruebas de su identidad

sexual masculina y por lo tanto, heterosexual. Numerosos estudios han señalado que los varones están socialmente obligados a demostrar que son varones, es decir, que no son homosexuales.

En este sentido, los adultos mayores manifiestan que la heterosexualidad representa un rasgo constitutivo de la masculinidad. Por el contrario, la homosexualidad es rechazada, siendo considerada como una conducta reprobable en un varón.

"[es masculino] Amar a una mujer, al sexo opuesto. [la homosexualidad:] Esas cosas no son naturales, no pueden darse". (adulto mayor 3)

Esta concepción corresponde a la visión de una masculinidad hegemónica, entendida como *"la configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres"*⁴⁶. De acuerdo a Connell, los hombres homosexuales constituyen un grupo subordinado en las sociedades occidentales. Esta subordinación se expresa en una serie de prácticas cuasi materiales, que constituyen vivencias cotidianas para los hombres homosexuales. Estas prácticas incluyen exclusión política y cultural, abuso cultural, violencia legal, violencia callejera y discriminación económica⁴⁷. En este sentido, Kimmel señala la relevancia del fenómeno de la homofobia: *"la homofobia es el miedo a que otros hombres nos desenmascaren, nos castren, nos revelen a nosotros mismos y al mundo que no alcanzamos los estándares, que no somos verdaderos hombres"*⁴⁸.

Los jóvenes otorgan una relevancia diferente a la orientación sexual de los varones en lo que respecta a la constitución de su identidad de género. En el marco de los cambios que se están produciendo en los procesos de configuración de las identidades de género, la masculinidad ya no aparece exclusivamente asociada a la heterosexualidad. Los jóvenes identifican importantes cambios en la institución de la familia, tradicionalmente encargada de la socialización de los individuos y la reproducción de las pautas culturales que guían los comportamientos masculinos y femeninos. Estas transformaciones se expresan en nuevos y más amplios formatos de identidades de género, que admiten la expresión de orientaciones no heterosexuales.

"Me parece que en realidad cada vez, al reconocerse más esa heterogeneidad y esa posibilidad de que los individuos definan ellos mismos su manera de comportarse como hombre, como mujer o como lo que sea, y la libertad que hay con respecto a las orientaciones sexuales, me parece medio imposible encontrar patrones universales."
(joven V 3)

Más allá de este matiz, las respuestas de los varones de las tres generaciones parecen confirmar la hipótesis de que la masculinidad se constituye en oposición a la femineidad. Desde la perspectiva teórica adoptada, el carácter relacional de las identidades de género resulta sumamente importante. En este sentido, Connell afirma que la masculinidad *"es inherentemente relacional. La masculinidad existe solo en contraste con la femineidad. Una cultura que no trata a las mujeres y hombres como portadores de tipos de carácter polarizados, por lo menos en principio, no tiene un concepto de masculinidad en el*

sentido de la cultura moderna europea/americana"⁴⁹. O, en palabras de Kimmel, *"la identidad masculina nace de la renuncia a lo femenino, no de la afirmación directa de lo masculino, lo cual deja a la identidad de género masculina tenue y frágil"*⁵⁰

Como ya mencionamos anteriormente, la masculinidad se configura en base a un conjunto de significados cambiantes, aunque signados por una constante: la virilidad se construye socio-históricamente en oposición a las mujeres y a las minorías sexuales y raciales. En este sentido, Andrade afirma: *"masculinidad no significa solamente estudiar a los hombres, sino la posicionalidad que estos asumen en un sistema de género dominante, el heterosexual, que sin embargo, requiere para su reproducción una constante afirmación de las fronteras establecidas con mujeres y con sexualidades disidentes"*⁵¹.

De acuerdo a Connell, la homosexualidad representa, en la ideología patriarcal, un cúmulo de atributos que no corresponden a la masculinidad hegemónica, por lo que son asimilados a la femineidad. En la opinión de varios autores, la fuerte presión social impuesta sobre los varones en lo que respecta a su identidad de género, opera en contra de aquellos varones que desean apropiarse del espacio afectivo del hogar y disfrutar de esa esfera, limitándolos mediante la imposición de pautas de conducta "masculinas"⁵². De acuerdo a esta conceptualización, las definiciones culturales de la virilidad se ven dominadas por el miedo a verse "feminizados".

Los jóvenes reconocen la existencia de fuertes restricciones sociales impuestas a los varones en función de la reafirmación de su masculinidad, las cuales son evaluadas como negativas. En este sentido, admiten que los varones tienden a censurar a aquellos congéneres que exhiben atributos femeninos (15).

"Pueden negarlo, pero me parece que sí, que hay una cosa media extendida [entre varones] de ver actitudes, de juzgar actitudes femeninas en los hombres y de censurarlas [...] Veo que hay trabas. En lo personal, a mí realmente me gustaría que hubiera más libertad entre los hombres, por ejemplo, para hablar de la belleza estética de los hombres, que me parece que no hay". (joven V 1)

Las mujeres jóvenes también consideran que existe una fuerte presión social sobre los varones, en lo que respecta a la reafirmación de su masculinidad y por ende de su no-femineidad. Las jóvenes reconocen que las sanciones impuestas a aquellos varones que no cumplen con los estándares de "lo masculino" son sumamente severas, y conducen a su estigmatización (16).

En síntesis, las opiniones de los adultos mayores y los jóvenes resultan divergentes. Los adultos mayores consideran que la expresión sexual socialmente "aceptable" de la masculinidad es la heterosexualidad, mientras que los jóvenes, si bien reconocen estas expectativas sociales con respecto a la orientación sexual de los varones, la cuestionan fuertemente, manifestando que en la actualidad los modelos de masculinidad son más flexibles, lo cual permite la expresión de sexualidades no necesariamente heterosexuales⁵³.

Los varones de las tres generaciones consideran que “ser varón” es, en gran parte, “no ser mujer”. Esta concepción pone de manifiesto el carácter eminentemente relacional de las identidades de género, las cuales se definen en oposición al otro género. En el mismo sentido que lo expresado con respecto al requisito de la heterosexualidad masculina, los jóvenes cuestionan el aspecto relacional de las identidades de género, en el entendido de que en la actualidad, la heterogeneidad reinante en lo que respecta a la constitución de las identidades de género cuestiona crecientemente la legitimidad de dicho requisito.

2.3. Los varones y el ejercicio de la violencia

Los jóvenes consideran que la masculinidad tradicional está asociada a un mayor uso de la violencia y la agresividad, no así los adultos y los adultos mayores, quienes no hacen mención a estas pautas comportamentales como atributos de la masculinidad (17).

“Hay excepciones, como en todo, pero el hombre puede ser un poco más agresivo, recurrir más a la violencia que la mujer, en general es más rudo.” (joven V 2)

La masculinidad, en sus estereotipos más hegemónicos, está asociada a determinadas cualidades vinculadas a la fuerza, la violencia y la agresividad. Esta conceptualización corresponde a una visión esencialista de los sexos, que deriva estos atributos de los rasgos biológicos de los individuos. En el caso de la violencia y la agresividad, estas suelen asociarse a la mayor masa muscular de los varones. En este punto, resulta sumamente importante reflexionar acerca del concepto de construcción social de los cuerpos, al cual nos referiremos más adelante.

La violencia también es percibida como un atributo de la masculinidad por parte de las adultas, quienes manifiestan que las características físicas de los varones, principalmente la fuerza, los condiciona socialmente. De acuerdo a esta visión de corte esencialista, los varones se ven físicamente determinados a dominar (18). Por el contrario, y siguiendo la lógica de la oposición de los atributos masculinos y femeninos, las adultas mayores entrevistadas consideran que uno de los principales atributos de la mujer es, justamente, no ser violenta, no recurrir al uso de la violencia.

Varios estudios señalan que son los varones quienes recurren a las distintas formas de violencia en mayor medida, siendo las mujeres muchas veces víctimas de la misma. La violencia del varón hacia la mujer se remonta a los orígenes del patriarcado – del cual es instrumento – y se reproduce en tanto se mantienen desigualdades de poder económico, político y cultural entre mujeres y varones, así como ideologías que las justifican directa o indirectamente. Desde el refrán más burdo a la teoría más sofisticada sobre la supuesta agresividad natural de los varones, pasando por los chistes, la violencia contra las mujeres encuentra, incluso en las sociedades democráticas, altos grados de complicidad y tolerancia. Es así como la violencia doméstica es considerada un asunto privado, y quienes cometen violaciones muchas veces aducen “provocación” por parte de las víctimas mujeres. En este punto, el concepto de “violencia simbólica” de Bourdieu resulta central. De acuerdo al autor, la lógica de la dominación es la lógica de la violencia simbólica, aquella que se ejerce con la complicidad o el consentimiento de la víctima, en el marco de un orden social que legitima estas prácticas. El concepto de

“habitus” de Bourdieu también resulta vital, en tanto señala que el comportamiento de varones y mujeres constituye la expresión de la interiorización y objetivación de las estructuras sociales. De acuerdo a estas herramientas conceptuales, la violencia ejercida por los varones constituye una expresión del orden social vigente, de carácter androcéntrico, que en muchas ocasiones, también victimiza a los varones que no alcanzan los “estándares” masculinos.

Los jóvenes censuran estas características del modelo más tradicional o hegemónico de masculinidad, en el marco de un discurso tendiente hacia la equidad y la justicia social, no solo en materia de género sino a nivel de la sociedad en su conjunto⁵⁴.

2. 4. La impronta del “machismo” en la construcción de las identidades de género

Como ya hemos mencionado, el género constituye una forma de ordenamiento de la práctica social. La vida cotidiana aparece organizada en torno al escenario reproductivo, signado por las estructuras corporales y por los procesos de reproducción humana, que históricamente han derivado en una serie de desigualdades de género. En este marco de desigualdades, ubicamos al “machismo”, expresión latinoamericana del patriarcado. El machismo, constituye una construcción cultural que tiene como objeto no solo a la mujer, sino a “lo femenino”, es decir, todo el entorno simbólico que rodea a la figura de la mujer en nuestra sociedad (19). Los contenidos del machismo se sustentan en el mito de la superioridad masculina, lo cual perjudica no solo a la mujer sino también al hombre, quien se constituye en víctima de sus formas institucionalizadas, que orientan la formación de los varones en torno a la supresión de las expresiones de su emocionalidad, con base en el clásico rechazo masculino hacia los atributos femeninos (20).

“El hombre fue educado siempre para no demostrar dolor, ni llorar, ni todas esas cosas que te enseñan de chico.” (adulto 3)

Los varones de las tres generaciones consideran que el machismo como expresión cultural es el principal responsable de las desigualdades de género en la actualidad (21). El machismo es concebido por los varones como una matriz de percepción compartida por hombres y mujeres, que determina las expectativas sociales con respecto a los atributos de la masculinidad y la femineidad (22).

“El machismo no es algo exclusivo de los hombres, las mujeres también son machistas. Hay mujeres muy machistas y hombres que no tanto” (joven V 2)

Más allá de reconocer su existencia, los varones y mujeres de las tres generaciones coinciden en que el machismo se encuentra en retroceso con respecto al pasado. De acuerdo a las personas entrevistadas, el machismo, en tanto mito de la inferioridad femenina, ha disminuido su influencia en la constitución de las identidades de género.

No obstante, el discurso de las personas entrevistadas, principalmente el de los y las adultos mayores, presenta por momentos concepciones "machistas".

En este sentido, un análisis de los discursos debe prestar especial atención a dos aspectos: en primer lugar, la predominancia de un discurso tendiente hacia la equidad de género⁵⁵, y en segundo lugar, la afiliación política de los entrevistados, que los hace proclives a expresar concepciones "progresistas" en materia de género, aunque las mismas por momentos resulten contradictorias con otras afirmaciones.

3. EL ORIGEN DE LA DIFERENCIA

Las afirmaciones de los varones y mujeres de las tres generaciones señalan la existencia de un conjunto de roles tradicionalmente asociados a la masculinidad y la femineidad. Estos roles de género constituyen expectativas socialmente creadas con respecto al comportamiento de los varones y mujeres en los distintos espacios de la sociedad. Estos roles deben analizarse prestando especial atención a las especificidades de las personas entrevistadas y el contexto social, ya que no existen roles que hayan sido siempre, histórica y geográficamente, atribuidos a los varones o a las mujeres.

Los varones pertenecientes a las tres generaciones consideran que la masculinidad se adivina en una serie de atributos de la personalidad y la conducta de los varones. Sin embargo, los entrevistados manifiestan que estos atributos son construidos e impuestos socialmente a los varones mediante varios mecanismos. Admiten que el origen de estas diferencias es cultural y no biológico, que la masculinidad y la femineidad no constituyen realidades intrínsecas a varones y mujeres, sino más bien construcciones socio-históricas.

"Creo que lo cultural juega y juega mucho. Desde chicos tenemos una formación diferente para lo que es o consideramos que es el varón y la mujer". (adulto 2)

Sin embargo, estas afirmaciones deben analizarse en el contexto general de su discurso. Su definición política y su presumible exposición a debates públicos recientes en torno a temáticas de género podrían estar influenciando los discursos de estos varones. Las expresiones de un "deber ser" igualitarista por momentos resultan contradictorias con los relatos de sus propias prácticas.

Por su parte, las mujeres también reconocen que ciertas características tradicionalmente atribuidas a la femineidad constituyen construcciones socio-históricas de larga data. Sin embargo, la visión de estas mujeres, principalmente las adultas mayores, tiende a presentar una conceptualización de las identidades de género de corte más esencialista que los varones.

El discurso de los y las adultos mayores presenta varias contradicciones. Por momentos, expresan que las diferencias entre varones y mujeres constituyen construcciones socio-históricas, mientras que frente a otros estímulos tienden a naturalizar las desigualdades sociales entre los géneros⁵⁶. El esencialismo de los adultos mayores se expresa tanto en

sus conceptualizaciones de la masculinidad como de la femineidad, a la que atribuyen características que son visualizadas como consecuencias naturales de sus rasgos biológicos. Dentro de estas características atribuidas a la identidad femenina se destaca una sensibilidad diferenciada, fruto de la experiencia de la maternidad.

“Las mujeres son más sensibles que los hombres, claro que sí, completamente, aunque claro, hay algunas excepciones. La mujer tiene algo especial porque es la que engendra la vida”. (adulto mayor 3)

La capacidad de gestar a los hijos constituye un elemento determinante en la visión esencialista. La fuerte asociación entre la mujer y la naturaleza genera que en el caso femenino, la anatomía constituya un factor determinante de la identidad de género, en las concepciones tanto de varones como de mujeres.

Los adultos y jóvenes también presentan por momentos concepciones esencialistas de las diferencias entre los géneros, aunque en menor medida que los adultos mayores y que las mujeres en general. Por ejemplo, los adultos manifiestan que no existe una “sensibilidad femenina”, sino una expresión diferencial de las emociones, socialmente impuesta.

“[Las diferencias entre varones y mujeres] Son producto de nuestra formación. No es una cuestión intrínseca sino que pasa más bien por la exteriorización de esas actitudes. Creo que la mujer exterioriza más pero creo que es por una cuestión meramente social, por lo que la sociedad le imprime a la gente de lo que debe ser su papel.” (adulto 1)

No obstante, los adultos también presentan visiones naturalistas de las diferencias entre los sexos, que se alternan con otras que tienden a considerar a las identidades de género como construcciones sociales (23). Estas concepciones se asemejan a las de las mujeres, quienes consideran que varios atributos resultan inherentes a los géneros, más allá de incorporar algunas consideraciones residuales acerca del origen cultural de los mismos. Estas últimas hacen referencia a la socialización diferencial de varones y mujeres, aunque en general no reflexionan acerca del carácter arbitrario la misma. Las reflexiones más tendientes hacia una concepción de las identidades de género como constructos sociales, históricos y contingentes, son realizadas por las jóvenes.

En suma, son los varones quienes reflexionan en mayor medida acerca del origen social y cultural de las identidades de género, aunque los adultos mayores y los adultos también presentan visiones de corte esencialista, aunque en menor medida que las mujeres, con la excepción de las jóvenes.

4. COINCIDENCIA Y TRADICIONALIDAD

Esta primera instancia de las entrevistas, orientada a una deconstrucción de los principales atributos de la femineidad y la masculinidad por parte de las personas entrevistadas, arrojó varios resultados interesantes.

En primer lugar, se aprecia un alto grado de coincidencia entre los discursos de las personas entrevistadas, tanto en función de su género como de su generación. Varones y mujeres de las tres generaciones elaboraron discursos similares, lo cual sugiere el acierto de suponer que el género constituye una institución social con un núcleo relativamente estable. Esto se encuentra en sintonía con datos surgidos de la investigación *“Uso del tiempo y trabajo remunerado”*, donde Aguirre Y Batthyány afirman que *“La amplia mayoría manifiesta estar muy conforme o conforme con la distribución de las tareas (76%), no observándose diferencias significativas por sexo”*⁵⁷. Si bien las autoras revelan claras desigualdades de género en la distribución de tareas a la interna del ámbito familiar, las personas manifiestan distintos grados de acuerdo con dicho esquema.

Sin embargo, los matices intergeneracionales hallados avalan el supuesto de la existencia de procesos de cambio en materia de relaciones sociales de género.

En el caso de la identidad femenina, los elementos que aparecieron con mayor fuerza en el discurso fueron el desafío que representa la femineidad en la actualidad, la fuerte relación entre los conceptos de femineidad y maternidad, y la creencia en la existencia de una sensibilidad y una estética características de las mujeres. El discurso de las mujeres aparece dotado de concepciones de corte esencialista, ya que la caracterización que realizan de la identidad femenina gira en torno a factores biológicos, y más específicamente, a la experiencia de la maternidad como determinante de una serie de atributos.

En el caso de la identidad masculina, los principales aspectos que surgen son la responsabilidad, la “no-femineidad”, la violencia y el machismo. Los tres primeros elementos podrían considerarse como atributos de la masculinidad, mientras que el cuarto corresponde a una forma de ordenamiento de la práctica social, a la que los varones refieren como elemento transversal de la construcción de la masculinidad. El discurso de los varones evidencia más claramente el componente relacional de la construcción de las identidades de género, ya que los atributos que enumeran son contrarios en oposición a los atributos femeninos.

En ambos casos, las percepciones de los entrevistados señalan la vigencia de una serie de estereotipos de género, que más allá de ser relativizados e incluso cuestionados — principalmente por la generación más joven de entrevistados— mantienen su presencia en las representaciones sociales de los individuos y sugieren que elementos como el esencialismo biológico, el androcentrismo y la polarización de los géneros aún resultan característicos de nuestro sistema de género, más allá de que el mismo pueda estar atravesando una transición.

En este sentido, el discurso de las mujeres —con la excepción de las más jóvenes— contiene varios elementos de corte esencialista, mientras que los varones tienden a realizar reflexiones acerca del origen social de las diferencias entre los géneros, haciendo referencia por lo general a la existencia de una socialización diferencial para varones y mujeres.

Por último, cabe señalar que el análisis de los discursos presenta una serie de obstáculos, principalmente debido a la extensión de un discurso "igualitarista"⁵⁸, que obliga a una revisión y control exhaustivos de las entrevistas, con el fin de detectar contradicciones entre las expresiones del "deber ser" y los relatos de las prácticas cotidianas de los individuos.

III. LO PÚBLICO Y LO PRIVADO: UNA RELACIÓN DIFÍCIL

En este apartado se presentan los principales hallazgos correspondientes a las dimensiones **Familia, Trabajo y Ciudadanía**. También se incluye una reflexión acerca de la interrelación entre los ámbitos público y privado y su importancia en la construcción de las identidades de género de varones y mujeres.

De acuerdo a Aguirre, si bien la masiva incorporación de las mujeres al ámbito público reviste numerosos aspectos positivos para la condición femenina—como nuevas posibilidades de desarrollo personal, independencia y autonomía—la misma también genera tensiones y conflictos en el ámbito familiar⁵⁹.

La vida privada tiene significados e implicancias diferentes para varones y mujeres, principalmente dados por los distintos grados de responsabilidad con que las tareas domésticas son asumidas por ambos. Esta desigualdad en lo que respecta al uso del tiempo dentro del hogar tiene profundos impactos en la construcción de la identidad femenina—la cual de acuerdo a Murillo, se ve signada por la domesticidad⁶⁰—y sobre la calidad de la inserción de las mujeres en el ámbito público. Es en este sentido que intentaremos ilustrar la interacción entre los roles de varones y mujeres en ambas esferas y su correlato en los procesos de construcción identitaria.

1. LA FAMILIA

Durante más de treinta años, la teoría estructural funcionalista dominó la investigación social sobre la familia. De acuerdo a esta perspectiva teórica, el esposo-padre asumía un liderazgo instrumental, al ser el encargado de proveer los recursos económicos mediante un empleo, mientras que la esposa-madre asumía un liderazgo expresivo, permaneciendo en el hogar y atendiendo las necesidades emocionales de los miembros de la familia⁶¹.

De acuerdo a Arriagada, durante los últimos tiempos, los procesos de modernización han generado cambios en los procesos productivos, cambios demográficos, en las pautas de consumo y en las modalidades laborales —principalmente el trabajo femenino remunerado— además de un acceso masivo aunque segmentado a bienes y servicios sociales. En lo que respecta a los efectos de la modernidad, se destaca la promoción de la libertad social e individual, el cuestionamiento de la autoridad patriarcal familiar, la transformación de la intimidad y la sexualidad, la búsqueda de nuevas identidades, el desarrollo de las potencialidades individuales en desmedro de la importancia atribuida a la familia, la reflexividad social y una mayor tolerancia hacia la diversidad seguida de una ampliación democrática. Sin embargo, la modernización y la modernidad, que implican dimensiones culturales e identitarias integradas en un orden postradicional, no parecen avanzar de la mano, generando de esta forma rupturas, principalmente en lo referido a la dicotomía público-privado.

En este marco, las familias latinoamericanas han experimentado diversas transformaciones, incluyendo cambios demográficos, aumento de hogares con jefatura femenina⁶² y una creciente participación de las mujeres en el mercado laboral. Esto implica que las tres dimensiones que conforman la definición clásica de familia— sexualidad, procreación y convivencia — han experimentado profundas transformaciones e incluso han evolucionado en formas divergentes. El resultado de estos procesos es, por lo tanto, una multiplicidad de formas de familia y convivencia. Todo esto se ha visto acompañado de cambios dinámicos en lo que respecta a los roles sociales de las mujeres, tanto dentro como fuera del ámbito familiar⁶³.

1. 1. Discursos “correctos” y prácticas cotidianas

Actualmente, la igualdad de derechos y oportunidades entre los sexos, y la prioridad que representa la lucha contra la desigualdad, forman parte del discurso público hegemónico en occidente⁶⁴. Sin embargo, varios estudios señalan que algunos aspectos negativos asociados a la masculinidad —como el retraso de los hombres en corresponsabilizarse de lo doméstico, o los importantes niveles de violencia en contra de la mujer— continúan victimizando a las mujeres. Si bien una población masculina educada manifiesta a nivel discursivo un alto grado de acuerdo con el cambio en los roles de género tradicionales, varios estudios señalan que en la práctica no se observa un compromiso real orientado a una transformación de las relaciones de género⁶⁵. En este sentido, el Latinobarómetro 2004 afirma que un 23% de los uruguayos se manifiesta “muy de acuerdo” o “de acuerdo” con la frase “Es mejor que la mujer se concentre en el hogar y el hombre en el trabajo”⁶⁶. Si bien Uruguay se sitúa entre los porcentajes más bajos de la región, vemos que esta concepción tradicional aún se encuentra presente en el discurso de un sector de la población⁶⁷.

Al ser cuestionados acerca de los roles masculinos en la familia, los varones de las tres generaciones manifiestan que los roles masculinos deberían ser los mismos que los femeninos. Sin embargo, reconocen que la realidad se aleja de este “deber ser”. Estas declaraciones presentan matices a nivel intergeneracional. Los adultos mayores reconocen que, fruto de su socialización en una sociedad que califican de machista, sus propias prácticas tienden a reproducir los estereotipos de género que ellos mismos cuestionan a nivel discursivo.

“Cuando yo salí a mi mundo, cuando yo empecé mi actividad, ya estaba viviendo las consecuencias, es una sociedad machista, lógicamente. Mi mujer estaba acá en la casa, cuidaba a la familia, dejó de trabajar ella para cuidar a la familia y hacer el trabajo de asistencia, digamos. Yo salía a la calle y traía la comida a la casa”.
(adulto mayor 1)

Estas afirmaciones de los adultos mayores resultan contradictorias con otras, de acuerdo a las cuales existen roles de género a la interna de la familia. Estas diferencias son justificadas por la distinta “naturaleza” de los géneros: son consideradas inherentes a los mismos (24). Asimismo, los adultos mayores conceptualizan a la igualdad de roles como

una “ayuda” del varón hacia la mujer, quien desde esta perspectiva, continúa siendo visualizada como la responsable en última instancia de las tareas del hogar (25).

Las mujeres entrevistadas, por su parte, también presentan importantes inconsistencias en lo que respecta al discurso y la práctica. Si bien a nivel discursivo afirman que en la actualidad varones y mujeres son iguales en lo que respecta a sus capacidades, el relato de sus prácticas revela una fuerte interiorización de prácticas que señalan la relevancia de conceptos como división sexual de trabajo, violencia simbólica y sistemas de género.

1. 2. ¿Igualdad o complementariedad?

El discurso de las personas entrevistadas, pero principalmente de los y las adultos mayores, señala la existencia de una clara división sexual del trabajo, que se expresa en el posicionamiento del hombre “afuera”, en el ámbito público, mientras que la mujer ostenta la responsabilidad de las tareas del hogar, el ámbito “privado”.

“La mujer es la que conoce esas tareas, por eso es la que manda en la casa. Es así porque el hombre tiene que chocar con el afuera, por eso se descansa en la mujer porque ella está allí, y no recibe ese golpe que recibe el hombre. Es así. Las cosas de la casa las hace mejor la mujer”. (adulto mayor 3)

De acuerdo a esta percepción, la mujer ostenta un vínculo privilegiado con el hogar. Badinter plantea que no sería erróneo hablar de una cultura patri-matriarcal para aludir a esta compleja relación de géneros, en la cual aquellos que son dominados en el espacio público (las mujeres) ejercen diferentes grados de opresión—legalmente instituida y culturalmente legitimada—sobre los varones (26), principalmente en lo referente a la educación y tenencia de los hijos⁶⁸ (27).

Los y las jóvenes manifiestan un “deber ser” tendiente a una distribución de roles equitativa en el ámbito familiar. Sin embargo, consideran que la familia como institución social se encuentra atravesando importantes cambios, lo cual se refleja en una mayor flexibilidad a la hora de distribuir las tareas a la interna de la familia. Esta conceptualización señala una evolución lineal desde una lógica de género hacia un esquema más igualitario para varones y mujeres, acorde al modelo de “familia de doble carrera”, en el cual la pareja comparte el rol de proveedor, así como las tareas domésticas⁶⁹.

Sin embargo, trabajos recientes señalan que las mujeres continúan teniendo un vínculo privilegiado con el trabajo doméstico. De acuerdo al trabajo *“Uso del tiempo y trabajo remunerado”*, el 84% de las responsables de las tareas del hogar son mujeres y el 16% son varones⁷⁰.

El discurso de los jóvenes indica que podrían estarse procesando cambios en las tres funciones básicas para la reproducción social que tradicionalmente desempeñaron las mujeres: la gestación de nuevas vidas, la prestación de servicios sociales mediante la estructura del hogar y la cohesión afectiva y expresiva. Los jóvenes consideran que los

varones están comenzando a desempeñar roles vinculados a la función de cohesión afectiva y expresiva del hogar, lo cual se expresa en los cambios que atraviesa la paternidad, sobre los cuales profundizaremos más adelante.

En lo que respecta a las mujeres, las entrevistadas de las tres generaciones también consideran que existe una clara división sexual del trabajo a la interna de la familia, a partir de la cual la mujer obtiene un vínculo privilegiado con el hogar. Esta percepción se intensifica en el discurso de las adultas mayores y las adultas.

De acuerdo a Marqués, la ficción de la complementariedad constituye un recurso del patriarcado. Varones y mujeres serían igualmente dignos, aunque diferentes, radicando tales diferencias en una necesidad mutua, basada en la complementariedad de las cualidades de ambos. Varones y mujeres son considerados complementarios, pero dicha complementariedad en realidad significa que la mujer complementa al varón, y no viceversa. El varón es quien obtiene el mayor protagonismo, colocándose en una posición de superioridad frente a la mujer. Sin embargo, Marqués afirma que las funciones reales de las mujeres van más allá de la complementariedad. En este sentido, el autor cuestiona la utilidad de la categoría sociológica del rol, ya que en las sociedades patriarcales existen roles masculinos y femeninos, aunque las mujeres frecuentemente desempeñan ambos.

Los adultos mayores afirman que si bien el varón es el responsable de los aspectos económicos, el rol de la mujer resulta central en este aspecto. La mujeres tienden a suplir deficiencias del varón en las actividades que ellos se reservan para sí, en las cuales manifiestan clandestinamente cualidades que los varones se atribuyen a sí mismos, en este caso, la responsabilidad de lo económico. En el discurso de los adultos mayores, los roles de varones y mujeres no son considerados iguales, sino complementarios⁷¹.

“La responsabilidad que tiene [el varón], que afronta al formar un hogar, tiene la obligación de mantenerlo, la parte económica... Y después importa mucho la mujer, cómo ahorra hasta el último vintén, es fundamental”. (adulto mayor 2)

Los varones de las tres generaciones consideran que existen claras expectativas sociales con respecto a los roles de los varones en la familia. Dentro de estos roles se destacan los de proveedor económico y jefe del hogar.

“El hombre, fruto de los esquemas que todavía quedan, se siente en el fondo, aunque no lo quiera aceptar, o aunque el entorno a veces le diga que no es responsable de proveer básicamente a la familia cuando se enfrenta a una situación de desempleo, como que se le saltan más los tapones, como que le cuesta más asumir que no está aportando”. (joven V 1)

El rol de principal proveedor económico resulta un núcleo constitutivo central de la identidad masculina tradicional. De acuerdo a la tipología de modelos familiares propuesta por Aguirre y Batthyány, la familia tradicional es aquella en que el varón asume la función de proveedor económico, mientras que la mujer se encarga de las tareas domésticas⁷².

La condición de principal o único proveedor económico del hogar frecuentemente implica la jefatura del mismo, aunque no se remite únicamente a este rol: implica también una situación de poder a la interna del núcleo familiar. Numerosos trabajos coinciden en que parte de la crisis que atraviesa la identidad masculina en la actualidad se debe a la pérdida de exclusividad y al cuestionamiento general de este rol tradicional. La inserción de las mujeres en el mercado laboral parece no sólo cuestionar este pilar de la identidad masculina tradicional, sino que también modifica las relaciones de poder dentro de la familia. En tanto en los modelos familiares tradicionales el poder masculino se basaba en el poder económico, a partir de su inserción en el mercado laboral – y su consecuente independencia económica – las mujeres adquieren una cuota de poder que modifica parcialmente las relaciones de género a la interna del núcleo familiar.

Esta visión es compartida por las personas entrevistadas de las tres generaciones. Tanto los varones como las mujeres señalan a las generaciones más jóvenes como las principales protagonistas de esta transición hacia un nuevo esquema en que los roles se distribuyan de forma más equitativa entre varones y mujeres (28).

Las mujeres de las tres generaciones consideran que la mujer cumple la función de mantener la cohesión afectiva del hogar (29).

“Creo que la mujer es el sostén afectivo de la familia. Creo que eso existe. Creo que es lo que más se mantiene. [...] La mujer como sostén afectivo y el hombre como seguridad, como confianza”. (joven 3)

Como observamos anteriormente, las adultas mayores y adultas tienden a presentar una concepción más esencialista de las identidades de género, a las que atribuyen ciertas características que son “naturalizadas”, entre ellas, una sensibilidad especial. En este sentido, las mujeres consideran que la mujer está mejor capacitada para desempeñar las funciones orientadas a la cohesión afectiva del hogar debido a su propia naturaleza (30). Los varones por su parte, no hacen mención a esta función, lo cual podría sugerir una cierta “invisibilidad” de la misma.

En lo que respecta a los roles de género a la interna de la pareja, los varones y mujeres coinciden en considerar a la pareja como un ámbito igualitario, al menos a nivel discursivo. En este sentido, los adultos manifiestan que la división del trabajo a interna de la pareja no obedece criterios de género, sino a las cualidades de cada uno de los miembros de la pareja (31). La pareja es concebida como un ámbito equitativo, en el cual idealmente deberían compartirse tanto el rol de proveedor como la responsabilidad de las tareas domésticas. No obstante, las afirmaciones de los varones deben analizarse prestando especial atención a su discurso general, el que evidencia una internalización de pautas de género tradicionales, expresadas en la visualización de dos identidades de género opuestas, a las que se asocian determinados atributos y por ende, distintas posiciones a la interna de los ámbitos de la vida social.

Por su parte, las mujeres presentan una percepción menos "optimista". Si bien afirman que idealmente la pareja debería constituirse en un ámbito igualitario en materia de género y reconocen la existencia de cambios sustantivos en este aspecto con respecto al pasado, las adultas consideran que existe una clara división sexual del trabajo a la interna de la pareja. Afirman que la división de tareas en el ámbito de la pareja se explica por el machismo que caracteriza y ha caracterizado a la socialización diferencial de varones y mujeres (32).

"Si yo por ejemplo hubiera acostumbrado a mi pareja, mi esposo, porque en mi época nos casábamos, lo hubiera acostumbrado a hacer, yo que sé... 'yo hago los mandados del supermercado y vos hacés la feria'. Pero no, uno mismo es que se mentaliza de que 'yo tengo que hacer la comida, los mandados, es mi responsabilidad como mujer'. En eso somos un poco machistas, porque yo podría decir 'no, vos hacé tal cosa y yo hago tal otra'. (adulta 1)

No obstante, las personas de las tres generaciones, pero especialmente los más jóvenes, consideran que se están produciendo importantes cambios cualitativos, que se manifiestan en las generaciones más jóvenes y sus nuevas formas de distribuir el trabajo a la interna de la pareja.

"Yo veo a los más jóvenes, estoy rodeada de jóvenes en el trabajo, vos ves que ahora los padres llevan a los bebés a las guarderías, les cambian los pañales, les dan de comer, cosas que de repente antes, en la época en que mis hijas eran chicas, no se veían tanto. No se usaba tanto como ahora. El machismo viene disminuyendo en las generaciones más jóvenes." (adulta 1)

1. 3. ¿Una transición?

Los adultos y especialmente los jóvenes son parte de generaciones en las que el trabajo constituye un rol desempeñado por una amplia mayoría de mujeres⁷³. Los jóvenes consideran que la distribución de tareas a la interna de la familia crecientemente adopta modelos más flexibles. Sin embargo, sostienen que aún persisten vestigios de un sistema de género tradicional y que las pautas que vehiculizan las desigualdades son principalmente reproducidas por las generaciones mayores, quienes fueron socializados en un contexto diferente.

"Me parece que lo que predomina en nuestras generaciones, en los jóvenes, es lo que yo te decía, eso de ir un poco en detrimento de esa concepción. Compartir roles en función de determinaciones de la pareja, de gustos, de lo que sea, pero no en función de 'esto no lo puede hacer un hombre o esto no lo puede hacer una mujer'. Pero existen un montón de resabios y de legados que es imposible obviarlos." (joven V 3)

No obstante, reconocen que aunque las generaciones más jóvenes crecientemente cuestionen los roles de género tradicionales, en la práctica existe una tendencia a su reproducción (33).

En líneas generales, las personas entrevistadas consideran que se está asistiendo a una transición en el sistema de género dominante, entendido como “*relaciones de poder, prácticas, creencias, valores, estereotipos y normas sociales*”⁷⁴ que regulan las relaciones entre varones y mujeres en la sociedad. Esta transición se expresa claramente en el ámbito familiar, donde emergen nuevos modelos de división del trabajo, signados por los nuevos roles que asume la mujer, que llevan a la necesidad de compartir las tareas domésticas, que solían ser su responsabilidad exclusiva. Estos cambios, si bien se han venido procesando durante las últimas décadas, tienen a las generaciones más jóvenes como sus principales protagonistas.

1. 4. Maternidad y paternidad: ¿Qué importancia tienen estos roles en la constitución de las identidades de género?

Maternidad y paternidad constituyen construcciones sociales surgidas a la interna de la institución social encargada de la reproducción biológica: la familia. Sin embargo, en el marco de la crisis de la familia tradicional –nuclear –conyugal, aislada y patriarcal– Paredes afirma que la maternidad sigue ocupando un lugar importante en la construcción de la identidad femenina, aunque no tan central como antes, mientras que la paternidad adquiere más fuerza en la construcción de la identidad masculina, lo cual se refleja en mayores grados de compromiso del padre en la crianza de los hijos⁷⁵. Varios estudios señalan que existe una nueva generación de padres que se ha involucrado activamente en la crianza de los hijos, considerando que su compromiso no consiste sólo en compartir tareas, sino que sienten que su rol e influencia en la vida del hijo son tan vitales como los de la madre⁷⁶. Estos padres “más sensibles” se caracterizan por ser relativamente jóvenes, tener ausencia de prejuicios en torno a la paternidad y los roles de género y un alto grado de valoración por la carrera de la cónyuge, que generalmente presenta jornadas laborales más extensas.

Pero aunque gran parte de los varones jóvenes se manifiesta de acuerdo con el alejamiento de la imagen tradicional del padre proveedor y autoritario, las nuevas exigencias resultan difíciles de cumplir. En este sentido, varios estudios advierten que la fusión de la paternidad patriarcal –padre proveedor, autoritario y protector– y la paternidad de la modernidad –padre democrático, intimista y afectivo– se expresa en un modelo emergente de paternidad que resulta difícilmente alcanzable. Sin embargo, la aplicación del modelo de evolución de las prácticas paternas tradicionales, modernas y postmodernas de los países anglosajones a la realidad latinoamericana resulta compleja. La historia de nuestra región señala una serie de precondiciones económicas y culturales que hacen de la paternidad un fenómeno histórico-cultural diferente. En este sentido, Andrade afirma que las valoraciones de la paternidad no son generalizables, ni siquiera dentro de una misma sociedad⁷⁷.

De acuerdo a los adultos mayores, la paternidad es valorada afectivamente en distinto grado. Sin embargo, coinciden en que constituye una experiencia con características diferentes a la maternidad, la cual es concebida como una vivencia más intensa, más “física”, signada por los nueve meses del embarazo (34). Las adultas mayores coinciden

en que la maternidad constituye una experiencia absolutamente diferente a la paternidad: más intensa y significativa en la trayectoria biográfica y la identidad de una mujer.

“Para mí la maternidad es lo máximo en la vida de una mujer, lo máximo. La maternidad para mí aportó todo en mi vida [...] Para mí la maternidad es lo máximo. Yo pienso que no debería haber ninguna mujer que no fuera madre [...] aunque sean solteras, la maternidad creo que las elevaría muchísimo, muchísimo como mujeres, porque es lo máximo, lo máximo. Porque yo creo que no hay nada más grande en la vida que ser madre.” (adulto mayor 1)

En este sentido, Paredes afirma que en el marco de las relaciones de género que se viven tanto a nivel macro-social como micro-social en la vida familiar, *“el significado atribuido a la maternidad en la construcción de la identidad femenina es diferente al significado atribuido a la paternidad en la construcción de la identidad masculina”*⁷⁸.

Sin embargo, los adultos mayores consideran que la paternidad resulta un elemento de suma importancia en la constitución de la identidad masculina. La paternidad hace “más hombres” a los padres, en tanto se convierten en los responsables del hijo.

“Esa responsabilidad lo lleva a sentirse más hombre. No por el hecho material de haberlo engendrado, más hombre por la responsabilidad que afronta e irlo viviendo cada día, ese sacrificio que hace.” (adulto mayor 2)

Los adultos y los jóvenes coinciden al respecto: la paternidad aporta responsabilidades y obligaciones al padre (35). En este sentido, Paredes afirma que maternidad y paternidad constituyen construcciones socio-históricas, que se caracterizan por la responsabilidad y la durabilidad⁷⁹.

Las adultas y las jóvenes consideran que si bien la maternidad resulta sumamente importante en lo que respecta a la constitución de la identidad femenina, en tanto genera una serie de atributos en las mujeres –nucleados en el denominado “instinto maternal” – no resulta determinante de la misma. Las adultas y jóvenes consideran que las mujeres pueden realizarse plenamente aún sin ejercer la maternidad.

“Yo no creo en eso de que ‘si no sos madre, no sos mujer’, toda esa carga que se le pone a la realización de una persona como mujer, todo el tema de ser madre. Para mí no es así. Pero creo que sigue teniendo una carga todo el tema de ser madre”. (joven 3)

Los adultos presentan una concepción de la paternidad que también incorpora elementos afectivos. Desde esta perspectiva, la paternidad ya no constituye sólo una obligación de los padres hacia los hijos, sino que representa una vivencia satisfactoria y sumamente importante en la trayectoria biográfica de los padres. El discurso de los jóvenes acerca de la paternidad también presenta componentes afectivos (36). No obstante, los jóvenes continúan visualizando a la paternidad como un punto de inflexión en la vida del varón, signado por la asunción de responsabilidades (37).

En la misma línea que caracteriza a su discurso general, los jóvenes cuestionan los modelos tradicionales de paternidad y maternidad y consideran que existen claras expectativas sociales con respecto a ambos. Según ellos, la paternidad está asociada a la firmeza y la autoridad, mientras que la maternidad continúa asociada a los roles afectivos.

“El hombre como que desde su paternidad queda más esclarecido como hombre. [...] se esperan cosas del padre que por ahí no son las más cálidas, las más cercanas, las más ‘de madre’, se esperan las más serias, de poner límites, las de ese corte, me parece. Igual yo tengo un hijo y no pretendo seguir ese camino, de que él entienda que su madre le brinda el cariño y lo consuela si está mal y le da la comidita y lo tapa hasta arriba, y yo lo voy a retar cuando se porte mal y le voy a decir ‘esto es así porque la vida es así’”. (joven V 3)

En el caso de los varones, a nivel generacional se observan claros cambios en la significación y la importancia atribuidas a la paternidad en lo que respecta a la constitución de la identidad masculina. Si bien las tres generaciones coinciden en ciertos atributos de la paternidad, principalmente en lo que respecta a la responsabilidad que representa el rol de padre, los jóvenes le atribuyen un componente más afectivo.

1. 5. Estabilidad y cambio: ¿La familia “tradicional” en transición?

Los hallazgos de este módulo de la entrevista se encuentran en sintonía con varios estudios realizados en la región, que señalan la vigencia de actitudes acordes a un modelo tradicional de familia. De acuerdo al Latinobarómetro 2004, un 23% de los uruguayos se manifiestan *“de acuerdo”* o *“muy de acuerdo”* con la frase *“Es mejor que la mujer se concentre en el hogar y el hombre en el trabajo”*⁸⁰. Los resultados surgidos del presente trabajo también indican que si bien se está produciendo una serie de cambios, estos no afectan sustantivamente las bases fundamentales del orden de género imperante.

Esta parte de las entrevistas también reveló las dificultades que implica la realización de un análisis de los discursos, debido a la instalación de un discurso igualitarista en materia de género que muchas veces resulta contradictorio con el discurso general de los entrevistados. En este sentido, tanto varones como mujeres señalaron que la familia en general constituye un espacio igualitario, aunque esto muchas veces resulta inconsistente con sus otros relatos. Esta parece ser una dificultad común a los análisis de discursos. De acuerdo al SERNAM, *“la aceptación importante de un grupo de personas, sobre todo en los hombres, de proposiciones que se orientan al cambio y aquellas que afirman el orden tradicional, nos permite suponer que las proposiciones que se orientan al cambio forman parte de un discurso de lo que se considera políticamente correcto, aun cuando los comportamientos y opiniones personales se distancien de él”*⁸¹.

Esto se evidencia principalmente en los adultos mayores, quienes consideran que existe una “complementariedad” de los géneros, lo cual –de acuerdo a nuestro marco teórico– no constituye una visión igualitarista, sino más bien sexista.

Las entrevistas sugieren la vigencia del concepto de división sexual del trabajo, y por ende, del vínculo privilegiado de los varones con el ámbito público y las mujeres con el ámbito privado, elemento característico de los sistemas de género tradicionales. En este sentido, los varones señalan la importancia del rol de proveedor económico del hogar en la constitución de la identidad masculina, mientras que las mujeres lo hacen respecto de la cohesión afectiva del hogar, dos de los roles de género más tradicionales. Estas percepciones también se extienden al ámbito de la pareja. En este punto los varones expresan un “deber ser” más fuerte que las mujeres; estas últimas consideran que las relaciones a la interna de la pareja reflejan el machismo característico de nuestra sociedad y socialización. Sin embargo, las generaciones más jóvenes cuestionan estas pautas y consideran que las sociedades actuales avanzan hacia esquemas de división de tareas más igualitarios a la interna del hogar –principalmente signados por la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral y la cuota de poder y necesaria redistribución de tareas que esto implica– aunque sobreviven vestigios de sistemas de género tradicionales.

En lo que respecta a la importancia atribuida a la paternidad en la constitución de la identidad masculina, los varones de las tres generaciones consideran que se trata de un rol fundamental, aunque en diferentes sentidos. Mientras que para los adultos mayores el hecho de ser padre hace “más hombres” a los varones, en tanto potencia los rasgos tradicionalmente atribuidos a la masculinidad –responsabilidad, autoridad, firmeza– los adultos y principalmente los jóvenes consideran que la paternidad tiene una importancia cualitativamente diferente, sustentada en elementos tales como la expresividad y la afectividad.

En lo que respecta a las mujeres, la maternidad continúa siendo visualizada como un elemento central en la constitución de la identidad femenina. Sin embargo, a diferencia de las adultas mayores, las adultas y las jóvenes consideran que si bien es importante, no es determinante de la femineidad. Más allá de este matiz, el discurso de las mujeres revela que la maternidad continúa ocupando un lugar muy importante, no solo en la constitución de la identidad femenina, sino en el proyecto de vida de las mujeres. Más allá de los cambios que se han venido procesando en lo que respecta a la condición femenina, la maternidad sigue marcando fuertemente su identidad, en tanto ser madre implica mucho más que la gestación de los hijos. Si bien las mujeres asumen cada vez más roles, el estereotipo de la mujer-madre parece continuar presente en el discurso de las mujeres y los varones.

2. EL TRABAJO

En Montevideo, el 60% de los varones y el 40% de las mujeres mayores de 14 años tienen un trabajo remunerado. El 62% de los varones y el 39% de las mujeres trabajan más de 40 horas semanales⁸². Estos datos sugieren que si bien la incorporación de las mujeres al

mercado de trabajo es masiva, ésta aún no alcanza la magnitud de la participación masculina.

Al realizar un análisis del trabajo desde una perspectiva de género, resulta inevitable remitirnos al concepto de división sexual del trabajo, el cual alude simultáneamente a dos ideas: por una lado la complementariedad de los roles, y por otro, la idea de las relaciones sociales antagónicas entre los sexos. Corresponde por lo tanto a la atribución a los varones del trabajo productivo y su exención del trabajo doméstico, el cual es asignado a las mujeres.

Aunque las concepciones del trabajo – tanto productivo como reproductivo– presentan importantes diferencias tanto geográfica como históricamente, el valor siempre ha distinguido al trabajo masculino del femenino. La producción, asociada a los varones, siempre ha sido más valorizada que la reproducción, asociada a las mujeres. En este sentido, la división sexual del trabajo es visualizada como el núcleo del poder que ejercen los varones sobre las mujeres a nivel social⁸³. En este apartado, nos referiremos al trabajo remunerado en el mercado y su importancia en la construcción de las identidades de género, sin desconocer la existencia de trabajo no remunerado, generalmente desempeñado por las mujeres en el ámbito doméstico y los esfuerzos de investigación que se han orientado a la cuantificación y estudio del mismo⁸⁴.

Los adultos mayores consideran que el trabajo resulta fundamental en la constitución de la masculinidad (38), al igual que los jóvenes.

“En el caso de los varones les importa un poco más que a las mujeres, en el orgullo, en el hecho de decir ‘estoy trabajando, puedo mantener a mi esposa, a mis hijos’. Eso existe. Hasta en los menos machistas creo que existe. (joven V 2)

Sin embargo, la concepción de los jóvenes presenta matices: más allá de constituir uno de los pilares de la masculinidad tradicional, el significado que los varones atribuyen al trabajo parece atravesar importantes cambios.

Esto se expresa en el fenómeno del desempleo, situación que en opinión de los jóvenes es cada vez mejor tolerada por los varones (39). El desempleo afecta en forma diferencial a varones y mujeres: en Uruguay existe una importante brecha en las tasas de desocupación por género⁸⁵. Sin embargo, los jóvenes afirman que a pesar de los cambios en el significado e importancia que los varones atribuyen al trabajo, el desempleo continúa representando una experiencia más dura para ellos que para las mujeres, debido a las expectativas sociales acerca de la masculinidad.

“El hombre que está desempleado es como más frustrante, porque así como se le depositan mayores expectativas, cuando esas expectativas no se cumplen, mayor frustración, obviamente. [...] Seguramente al hombre le da más vergüenza, por eso de las expectativas”. (joven V 3)

De acuerdo a los adultos mayores y los adultos, el trabajo constituye una obligación socialmente atribuida a los varones, estrechamente vinculada al rol de proveedor

económico del hogar, uno de los pilares de la masculinidad tradicional. Sin embargo, los adultos puntualizan que esos atributos y roles característicos de la masculinidad se han transformado en los últimos tiempos (40).

En el caso de las mujeres, el significado atribuido al trabajo en lo que respecta a la constitución de la identidad femenina también presenta variantes. Las adultas mayores y las adultas consideran que el trabajo resulta central, en tanto aporta independencia económica frente al varón, así como importancia de la mujer en un ámbito público. Desde este punto de vista, el trabajo parece tener un significado diferente para varones y mujeres.

“A la mujer le aporta el sentirse importante, el aportar dinero a la casa primero, la independencia económica primero que nada, frente al hombre, frente a los hijos, porque ella puede disponer de su dinero, aunque no sea tanto. [...] Y después, el no tener que estar siempre en la casa, el ser importante en otro lado que no sea la casa” (adulta mayor 1)

“El trabajo te puede proporcionar tener un espacio independiente a tu familia, que eso es importante, pero además es un espacio en donde podés desarrollar otras vetas de tu personalidad que no se te permite desarrollar en otros ámbitos. Es donde podés obtener logros, reconocimientos”. (adulta 3)

Por su parte, las jóvenes consideran que más allá de que el trabajo pueda tener alguna connotación diferencial –principalmente para las mujeres de generaciones mayores– actualmente se ha incorporado a los roles desempeñados por las mujeres, siendo esperable e incluso deseable.

“Creo que a esta altura significa lo mismo para todos. Capaz que desde un punto de vista medio reivindicativo hacia el hombre, capaz que significa algo diferente para las mujeres mayores, para las mujeres de otras generaciones. [...] Pero yo creo que el trabajo se ha incorporado a lo que es una mujer. Cualquier estereotipo de mujer es una mujer que trabaja. Lo deseable en una mujer, en una mujer joven por lo menos, es que tenga un trabajo. Me parece que es algo que está integrado a lo que es ser mujer”. (joven 3)

Los adultos mayores reconocen que la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo afecta los procesos de construcción de la identidad femenina (41).

Por su parte, los adultos y jóvenes hacen otras consideraciones respecto del significado y la importancia del trabajo. Mientras los jóvenes manifiestan que el trabajo aporta dignidad a las personas, principalmente expresada en la independencia económica (43), los adultos conciben al trabajo como la principal vía de integración a la sociedad, ya que otorga un sentido de pertenencia a las personas, así como una identidad social (44).

En términos generales, las personas entrevistadas consideran que varones y mujeres valoran al trabajo por igual, siempre que éste les ofrezca la posibilidad de desarrollarse como personas y no sólo como trabajadores (45), con los matices intergeneracionales ya

mencionados. Sin embargo, identifican un escenario desigual en materia de género, que se expresa en múltiples formas de discriminación hacia las mujeres en la esfera laboral, principalmente sustentadas en representaciones tradicionales.

2. 1. La persistencia de estereotipos y la discriminación laboral

Los adultos manifiestan que existe una fuerte segregación sexual⁴⁶ en varias ocupaciones. Mediante este fenómeno cultural se justifica la "idoneidad" de varones y mujeres para determinadas ocupaciones, con el argumento de la existencia de diferencias biológicas entre ellos (46). Estas consideraciones se encuentran en sintonía con el concepto de construcción social de los cuerpos⁴⁷.

Sin embargo, de acuerdo a las y los adultos, la segregación sexual de las ocupaciones se encuentra en retroceso, lo cual se expresa en una amplia gama de ocupaciones tradicionalmente masculinas que en la actualidad son desempeñadas por mujeres (47). Aún así, las adultas consideran que las mujeres muchas veces deben "masculinizarse" para poder acceder a algunas posiciones tradicionalmente ocupadas por varones, como por ejemplo, aquellas posiciones que implican toma de decisiones.

"A mí todavía me resulta sorprendente ver mujeres como Margaret Thatcher o Condoleezza Rice, tan duras... Es como que han tenido que dejar su condición de mujeres para llegar a ese lugar." (adulta 3)

Por su parte, las jóvenes consideran que más allá de que actualmente el fenómeno de la segregación sexual de las ocupaciones se encuentra en retroceso, existen trabajos en los que los varones o las mujeres pueden resultar más idóneos, debido a sus atributos particulares (48). Esta percepción se sustenta en supuestos esencialistas.

Más allá de identificar un escenario de mayor equidad, los entrevistados consideran que aún existe discriminación hacia las mujeres en el mundo del trabajo. En este sentido, mencionan varios aspectos: la brecha salarial entre los géneros⁴⁸, la exclusión del mercado de trabajo –principalmente en aquellas ocupaciones que implican toma de decisiones– y una asignación primaria de la mujer al ámbito privado por sobre el público, lo cual señala la concepción de un sistema de género basado en la flexibilidad y la capacidad adaptativa de las mujeres, y principalmente del trabajo no remunerado realizado por ellas. En este mismo sentido, los adultos hacen mención a la llamada "doble jornada", que implica que más allá de acceder a empleos remunerados, las mujeres –por imperativos culturales– no se ven exoneradas de la responsabilidad de las tareas domésticas, lo cual constituye una seria lesión a su ciudadanía, aspecto sobre el que volveremos más adelante.

"El hecho de que la mujer trabaje no se le exonera, o ella misma por un problema cultural no está exonerada de las tareas hogareñas. Se ve de buen modo que la mujer pueda rechazar un trabajo pago, pero no que lo haga el hombre. Y por ende, ante la eventualidad de una renuncia, renuncia la mujer al trabajo pago. Yo creo que todavía

no lo hemos logrado, a pesar de los avances, estar en igualdad hombres y mujeres”.
(adulto 2)

Las mujeres también reconocen que existe discriminación hacia ellas en el ámbito laboral, la cual se sustenta en un estereotipo tradicional, de acuerdo al cual, las mujeres son menos incondicionales en lo que respecta al empleo, debido a la eventualidad del embarazo. Encuestas de opinión revelan la amplia extensión de esta percepción⁸⁹.

“Siempre entre una mujer y un hombre profesionales, siempre eligen al hombre y no me puedo explicar por qué... Después te dicen que es porque la mujer puede tener familia, lo que afecta el horario, y a la empresa no le importa eso. Siempre al hombre lo contratan más, aunque la mujer sea mejor.” (joven 1)

2. 2. El significado diferencial del trabajo en la construcción de las identidades de género

En conclusión, vemos que los varones tienden a concebir al trabajo como un elemento central en la constitución de la identidad masculina, aunque esta importancia presenta diferencias cualitativas a nivel intergeneracional. Los adultos mayores y los adultos manifiestan que el trabajo resulta fundamental en tanto sustenta dos grandes pilares de la masculinidad tradicional: el rol de proveedor económico y la jefatura del hogar. Esta visión señala la validez de algunos estudios realizados en la región. De acuerdo al Latinobarómetro 2004, un 31% de los uruguayos se manifiestan *“muy de acuerdo”* o *“de acuerdo”* con la frase *“Si la mujer gana más que el hombre es casi seguro que tendrá problemas”*⁹⁰. Los jóvenes también consideran que el trabajo ocupa un lugar importante en la constitución de la identidad masculina, pero expresan que esta importancia se explica por las fuertes presiones sociales impuestas a los varones. Sin embargo, consideran que estos aspectos atraviesan importantes cambios, signados principalmente por la reciente incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral.

Las mujeres también manifiestan que el trabajo resulta fundamental en la constitución de su identidad de género y sus visiones también presentan matices a nivel intergeneracional. Las adultas mayores y las adultas consideran que el trabajo resulta fundamental en tanto aporta independencia económica e importancia en un ámbito que trasciende el núcleo familiar. Las jóvenes por su parte, consideran que el trabajo resulta fundamental en tanto espacio para el desarrollo personal, dejando de lado y cuestionando su valor reivindicativo. Manifiestan que el trabajo constituye un rol plenamente incorporado a lo que podría denominarse *“nuevos estereotipos femeninos”*.

Más allá de reconocer la consolidación del trabajo femenino —en diferente medida de acuerdo a las tres generaciones de entrevistados— los varones y mujeres consideran que aún persisten varias formas de discriminación laboral hacia las mujeres, principalmente expresadas en la segregación sexual de las ocupaciones y las formas de discriminación extralaboral.

2. 3. El trabajo y la familia: ¿Interdependencia o valoración diferencial?

De acuerdo a Aguirre y Batthyány, *“Los varones dedican 28 horas semanales al trabajo remunerado y 13 al trabajo no remunerado, mientras que las mujeres dedican 16 horas al trabajo remunerado y 32 al trabajo no remunerado. Las mujeres dedican la mitad de tiempo que los hombres al trabajo remunerado y dos veces y media el tiempo que ellos dedican al trabajo no remunerado”*⁹¹. Estos datos señalan un patrón tradicional de distribución de tareas a la interna de los hogares montevideanos, de acuerdo al cual los varones continúan privilegiando su participación en el espacio público sobre el espacio privado, al contrario que las mujeres, quienes más allá de participar crecientemente en el mercado de trabajo, siguen siendo las principales responsables de las tareas del hogar.

Con respecto a la importancia comparada de los roles masculinos en el ámbito familiar y en el mundo del trabajo en lo que hace a la constitución de la identidad masculina, los adultos mayores entrevistados tienden a considerar que ambos constituyen ámbitos interdependientes y sumamente importantes en lo que respecta a la constitución de la identidad masculina. Sin embargo, consideran que el trabajo es una condición a la hora de formar una familia. Para los varones de esta generación, los roles en el mundo del trabajo parecen ser más importantes que los roles en el ámbito familiar, lo cual señala una concepción tradicional de la identidad masculina.

“No se puede separar el trabajo de la familia. Claro que no. Porque el trabajo es lo que te permite tener una familia, considero yo, y si no trabajás... El trabajo te permite tener la familia. Si no trabajás, no podés constituir un grupo familiar, si no sos responsable. Yo ya les he dicho a mis nietos: ‘¿trabajás?, entonces ya podés tener una familia’”. (adulto mayor 1)

Los adultos y los jóvenes entrevistados también conciben a la familia y el trabajo como ámbitos íntimamente relacionados, aunque consideran que la importancia atribuida a los roles en cada uno de estos ámbitos depende de cada persona. No obstante, consideran que el varón puede verse socialmente presionado a privilegiar su vínculo con el ámbito público.

“El trabajo sin duda te da responsabilidad, te da el desarrollo de las responsabilidades, el sentirte útil para con tu familia, para la estructura que tú has montado, pero por otro lado creo que también la familia aporta. No alcanzaria sólo con que el hombre, desde mi punto de vista, esté consolidado desde el punto de vista laboral si no tiene afecto, si no tiene familia, si no tiene un entorno al cual volcar todo ese esfuerzo”. (adulto 2)

Por su parte, los jóvenes manifiestan que la familia reviste más importancia que el trabajo en la constitución de la identidad masculina.

“En general, no sé en general, no estoy en la cabeza de todos los hombres. Estoy en mi cabeza y me parece que la familia tiene que ser más importante que el trabajo. Sin restarle importancia a lo que es el trabajo, pero me parece que la familia es más importante”. (joven V 2)

Las adultas mayores consideran que la familia es más importante que el trabajo en lo que respecta a la constitución de la identidad femenina. Si bien el trabajo resulta sumamente importante, debido a sus valiosos aportes a la identidad femenina – principalmente independencia económica y posibilidades de desarrollo personal– la familia continúa siendo un ámbito central.

“La familia es lo más importante, siempre es la familia. Pero, claro, pero hay trabajos que no permiten a las personas dedicarse como es debido a la familia. Y el trabajo también es importante por la razón de que la mujer no está todo el día en la casa o cuidando de los hijos. [...] Pero la familia es más importante que el trabajo para las mujeres. El trabajo es muy importante, ayuda muchísimo, pero como madre, porque yo soy madre, dedicarse a la familia hasta que los hijos sean adolescentes digamos, es importante. [...] Yo considero que esa también es una tarea importante de la mujer, darle lo mejor a los hijos.” (adulta mayor 2)

Por su parte, las adultas y las jóvenes también consideran que las mujeres tienden a valorar más a la familia en lo que respecta a sus proyectos de vida y a la constitución de su identidad de género (49).

Este hallazgo se encuentra en sintonía con los resultados de la investigación *“Uso del tiempo y trabajo no remunerado”*, donde Aguirre y Batthyány señalan que algunos de los enunciados que suscitan mayores consensos entre mujeres y varones son *“Las mujeres deben priorizar el cuidado de su familia antes que su trabajo remunerado”* (43% varones y 41% mujeres) y *“Las mujeres debieran postergar sus intereses laborales o profesionales cuando sus niños son pequeños”* (41% varones y 39% mujeres). De acuerdo a las autoras, estos resultados señalan la vigencia de la división sexual del trabajo, así como los patrones tradicionales de la sociedad montevideana⁹².

Sin embargo, las jóvenes expresan que actualmente la familia puede resultar más importante que el trabajo también para los varones. En su opinión, el trabajo y la familia son dos ámbitos que tanto varones como mujeres buscan equilibrar (50).

Más allá que el trabajo y la familia son considerados como dos ámbitos sumamente importantes e interdependientes en lo que respecta a la constitución de la identidad masculina, los adultos mayores y los adultos tienden a considerar al trabajo como un ámbito más relevante en este sentido, en tanto sustenta una serie de roles que constituyen pilares de la masculinidad tradicional. Los jóvenes difieren con esta concepción, aunque reconocen que los varones se ven socialmente presionados a lograr un determinado desempeño en el mundo del trabajo, que los fuerza a colocar al ámbito familiar en un segundo plano. Varios estudios de opinión señalan que las personas consideran que la priorización del trabajo por parte de los varones opera en detrimento del ámbito familiar⁹³.

Por el contrario, las mujeres entrevistadas manifiestan que más allá de que el trabajo se encuentra integrado a los roles femeninos en la actualidad, revistiendo además una gran importancia, la familia constituye un ámbito fundamental en lo que respecta a la

constitución de la identidad femenina. Esta concepción es relativizada por las jóvenes, quienes consideran que el trabajo también puede representar un ámbito fundamental en lo que respecta a la constitución de la identidad masculina, aunque debido a las pautas culturales dominantes, los varones se ven muchas veces obligados a priorizar sus roles en el mundo del trabajo. De acuerdo a estas jóvenes, trabajo y familia constituyen esferas que las personas buscan equilibrar.

3. LA CIUDADANÍA

De acuerdo a Aguirre, es necesario reconocer que la ciudadanía se constituye a partir de un proceso de construcción histórico y social. Las visiones críticas han enfatizado los sesgos sexistas en el análisis de los procesos de adquisición y difusión de los derechos de ciudadanía⁹⁴. En Uruguay, al igual que en otras partes del mundo, se han aprobado numerosas disposiciones antidiscriminatorias que reconocen la igualdad de hombres y mujeres en el mundo del trabajo⁹⁵. Estas disposiciones muchas veces no son conocidas y su conocimiento no impide su elusión y violación por parte de los empleadores⁹⁶. Los procesos de exclusión del mercado de trabajo y del empleo, y las variadas formas de discriminación impiden el pleno goce de derechos reconocidos o la constitución de nuevos derechos, lo cual señala el carácter “frágil”, incompleto o disminuido de la ciudadanía de las mujeres⁹⁷. Las prácticas institucionales discriminatorias tienen lugar a través de diferentes procesos, como los de reclutamiento y asignación de personal para determinados puestos, así como las representaciones con respecto al trabajo femenino, en lo que respecta a las dificultades para el ejercicio de los derechos relativos a la licencia y horario maternal en las empresas.

Las personas entrevistadas manifiestan que existe discriminación de género en el ámbito laboral. De acuerdo a su visión, esta discriminación se sustenta en representaciones negativas del trabajo femenino, asociadas al carácter condicional del mismo debido a la eventualidad del embarazo y las implicancias más generales –y de largo plazo– de la maternidad⁹⁸ (51).

“A lo mejor el hombre se puede destacar, entre comillas, un poco más, porque a la mujer no se le dan las oportunidades que se precisa. [...] Siempre hay como una predisposición a que la mujer no se puede desempeñar por entero, full time, como el hombre. Eso es un claro ejemplo. Y que además es verdad. Porque la mujer efectivamente se embaraza, tiene la licencia de pre parto, de post parto, el medio horario, todo eso es verdad.” (adulta 1)

Los varones de las tres generaciones enfatizan que la brecha entre la igualdad formal y la igualdad sustantiva entre los géneros es aún muy importante en Uruguay (52). Uno de los aspectos centrales que todos destacan es la escasa representación femenina en puestos que impliquen poder o toma de decisiones, principalmente en la esfera política (53). Sin embargo, el Latinobarómetro 2004 sostiene que Uruguay sobresale en la región por sus actitudes más igualitarias, ya que sólo un 17% de los encuestados se manifiestan “muy de acuerdo” y “de acuerdo” con la frase “Los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres”⁹⁹.

Por su parte, la percepción de las adultas mayores resulta más optimista. Consideran que el escenario actual resulta más equitativo con respecto al pasado, en materia de apertura a la participación pública de las mujeres, incluso en posiciones a las que antes no accedían.

“Hemos podido demostrar algunas cosas, ahora hay mujeres senadoras que antes no había, la mujer interviene mucho más en la política que antes. Tiene muchas veces un rol importante. Es un ámbito casi de igualdad.” (adulta mayor 2)

No obstante, datos del INE de 2004 señalan que el porcentaje de mujeres que ocupaban cargos directivos ascendía a un 36,3%¹⁰⁰. Estos datos confirman que la percepción de la subrepresentación femenina en los cargos de poder no es errónea.

Las personas entrevistadas consideran que el machismo es la causa de las desigualdades en el acceso de las mujeres a los cargos de poder. Los y las jóvenes expresan que este acceso diferencial de varones y mujeres a la política se expresa por la importante vigencia de representaciones y estereotipos de género, que hacen que las mujeres no sean consideradas aptas para desempeñarse en este tipo de posiciones (54). Asimismo señalan que la sociedad uruguaya se caracteriza por un fuerte conservadurismo que se expresa claramente en el ámbito de la política y que impide el reconocimiento de la brecha entre la igualdad formal y la igualdad real entre los géneros, así como la prosperidad de las iniciativas orientadas a modificar esta situación (55).

“Hay un conservadurismo grande en los que hacen política, la mayoría son hombres y en los que ejercen también su ciudadanía, en la forma en que la ejercen también hay un conservadurismo muy grande, y eso implica, entre otras cosas, no reconocer que la mujer está en desventaja y que hay que hacer cosas para que puedan asumir los nuevos espacios que ya estarían prontas para asumir en cierta forma”. (joven V 1)

Los adultos señalan que a nivel gremial, incluso en aquellas ocupaciones predominantemente femeninas, los máximos dirigentes continúan siendo varones. Consideran que este fenómeno cultural también involucra a las mujeres, cuyas opciones evidencian el arraigo de una matriz de percepción compartida, caracterizada por representaciones sexistas (56). En su opinión, son las propias mujeres quienes se alejan de este tipo de espacios, privilegiando los roles en el ámbito privado sobre el ámbito público. Manifiestan que este comportamiento es más frecuente en las mujeres que en los varones, lo cual se explica por el arraigo de un sistema de géneros basado en la división sexual del trabajo, cuyas asignaciones primarias aún persisten en la subjetividad los individuos.

“Si bien los espacios están abiertos, la mujer, por distintas razones, en la esfera social, en la esfera cotidiana, no los desarrolla plenamente. O sea, la mujer se repliega en aras de que los momentos que tiene libres del trabajo rentado, se dedica al desarrollo y al fomento de su familia más que el hombre”. (adulto 2)

Las mujeres consideran que una de las principales causantes de su alejamiento de los espacios que implican toma de decisiones es la desigual atribución de tareas (57), apreciación que es compartida por los adultos. Estos consideran que las mujeres contribuyen a la reproducción de las pautas que vehiculizan las desigualdades de género, por ejemplo, mediante la transmisión de valores sexistas a sus hijos.

“La mujer es altamente responsable de esta desigualdad porque ella misma ha cedido al campo de lo que le es permitido en aras de asumir roles que culturalmente le son impuestos, la atención de los hijos, la atención del hogar, la atención del marido, etc. Y eso mismo se ve en la forma en que educan a los hijos, ella misma después es la principal promotora de esos mismos patrones culturales con sus hijos”. (adulto 2)

Si bien los adultos mayores manifiestan discursivamente estar de acuerdo con esquemas de distribución de tareas más equitativos, reconocen que la distribución de tareas sigue siendo desigual, perjudicando generalmente a las mujeres, quienes se ven privadas de tiempo libre, debido a la llamada “doble jornada laboral”.

“El tiempo libre no existe para las mujeres. La mujer en la casa desde que se levanta hasta que se acuesta, siempre va a encontrar trabajo, algo que hacer [...] Estoy hablando del ama de casa, vamos a llamarle ‘perfecta’.” (adulto mayor 2)

Tanto los adultos mayores como los adultos consideran que más allá del acceso diferenciado de varones y mujeres a los ámbitos de ejercicio de la ciudadanía y la participación, ambos son capaces de desempeñarse por igual en este tipo de posiciones. Manifiestan que las diferencias en los desempeños de ambos no responden a atributos particulares de su género sino a sus cualidades personales.

“No tengo ningún argumento que me diga lo contrario. Hay gente que dice ‘hay senadoras que dejan mucho que desear’, bueno, hay senadores que dejan mucho que desear también. Es una cuestión de individuos y no de género”. (adulto 1)

Las mujeres de las tres generaciones también manifiestan que tanto varones como mujeres son capaces de desempeñarse por igual en las distintas profesiones. Sin embargo, señalan la excepción de los trabajos que requieren el uso de fuerza física¹⁰¹.

Las personas entrevistadas coinciden en la existencia de mecanismos discriminatorios hacia las mujeres en la esfera laboral, sustentados en estereotipos y prejuicios de género que muchas veces son ejercidos por las mismas mujeres, lo cual deriva en varias formas de discriminación extralaboral. Estas formas de discriminación se basan en prejuicios acerca del carácter “condicional” del trabajo femenino, sujeto a la eventualidad del embarazo. Los adultos mayores también consideran que muchas veces son las propias mujeres quienes ejercen estas formas de discriminación¹⁰² (58).

Con respecto a quien se ve mayormente perjudicado por la situación actual, las opiniones de los varones presentan ciertos matices. Sin embargo, todos coinciden en que las mujeres son quienes se ven principalmente afectadas por las relaciones de género que caracterizan a la sociedad uruguaya.

“Como está dada la relación y la consolidación cultural que tenemos, esta relación por ahora creo que perjudica a la mujer. Es una sociedad que desde el punto de vista histórico, está hecha por el hombre como género: la religión, la política, la familia, la sociedad... Está organizada y fue organizada por hombres. Y nos hemos dado un espacio que recién hoy con muchas, muchas dificultades, estamos cediendo ante la inteligencia y el desarrollo de la mujer”. (adulto 2)

No obstante, los varones –y principalmente los jóvenes– puntualizan que ellos también se ven perjudicados por el actual sistema de género y sus formas institucionalizadas. En este sentido, mencionan pérdidas en el espacio de lo afectivo – como el significado y relevancia diferencial de la paternidad– así como la obligación de cumplir con expectativas que ellos no definieron.

“En la vida emocional y afectiva, muchas veces falla el hombre, en general. El hombre tiene muchas desventajas. De repente el hombre que tiene que salir a trabajar y está, de 24 horas, 18 en la calle, en la casa los hijos no lo ven, no lo toman mucho en cuenta, están todo el tiempo con la madre. ‘¿A quién querés más? A mamá’. Esas cosas son una desventaja clara para el hombre”. (joven V 2)

3. 1. Un escenario de desigualdades

Vemos entonces que tanto varones como mujeres identifican un escenario de desigualdades de género en lo que respecta al campo de la ciudadanía. Esta percepción presenta matices a nivel intergeneracional. Los y las adultos mayores expresan una visión más optimista del presente, en relación a un pasado reciente mucho más marcado por las inequidades de género. Más allá de estas consideraciones, todos los entrevistados tienden a señalar al campo de la ciudadanía como un escenario de victorias parciales de las mujeres.

Sin embargo, en términos generales, las personas entrevistadas consideran que a nivel de la ciudadanía, las mujeres y los varones no se encuentran en pie de igualdad. De acuerdo a esta visión, las mujeres son quienes se ven mayormente perjudicadas, al verse excluidas de los ámbitos que implican poder o toma de decisiones, como la política. Las interpretaciones de este fenómeno son variadas, pero todas giran en torno a factores culturales y no a diferencias biológicas entre los sexos. El machismo –presente en varones y mujeres– es señalado como la principal explicación a la marginalización y la fragilidad de la ciudadanía femenina. No obstante, los y las jóvenes señalan que en ciertos aspectos, principalmente en el plano afectivo, los varones también salen perjudicados, al verse socialmente forzados a desempeñar roles públicos que los alejan del espacio familiar.

IV. CONCLUSIONES

Sin duda, nos encontramos en un contexto de importantes cambios en lo que respecta a los procesos de constitución de las identidades de género. Algunos de estos cambios vienen procesándose desde hace varias décadas, cuando el feminismo irrumpió en escena cuestionando los presupuestos ontológicos y epistemológicos de acuerdo a los cuales el sexo de las personas determinaba una serie de atributos en ellas y por ende, su posicionamiento en un sistema de géneros jerárquico y desigual.

Sin bien la existencia de rupturas con respecto al pasado constituye uno de los supuestos de los que parte esta exploración de los discursos de varones y mujeres, la existencia de continuidades también lo es. Estas continuidades se evidencian en que más allá de los impresionantes cambios que han caracterizado al siglo XX, considerado por muchos como el "siglo de la mujer", numerosos rasgos de un sistema de género tradicional aún persisten en las concepciones de los varones y mujeres de hoy en día, expresándose en las variadas formas de desigualdad que afectan a ambos en los distintos ámbitos de la vida social.

Es en este sentido que la presente investigación se planteó inicialmente el ambicioso objetivo de explorar las representaciones subyacentes a los discursos de varones y mujeres de tres generaciones, buscando en qué puntos se expresan estas continuidades y rupturas.

En primer lugar, se intentó que las personas entrevistadas realizaran un proceso de deconstrucción de sus identidades de género. En esta instancia, el discurso de varones y mujeres sugirió la persistencia de representaciones sociales y estereotipos de género tradicionales. Los entrevistados enumeraron diversos atributos de sus identidades de género que se corresponden con una visión tradicional de las relaciones sociales de género. Las mujeres manifestaron que la identidad femenina está fuertemente asociada a la experiencia de la maternidad, la cual determina una serie de atributos. Por su parte, los varones también señalaron como atributos de la identidad masculina a una serie de elementos característicos de la visión tradicional de la masculinidad.

Si bien estos elementos se manifestaron en los discursos de las personas de las tres generaciones, las personas más jóvenes presentaron una visión más relativa, reconociendo su existencia, pero cuestionándolos desde su propia experiencia en un mundo que, de acuerdo a ellos, atraviesa importantes transformaciones en lo que respecta a las relaciones sociales entre los géneros.

Tanto varones como mujeres presentaron una visión de las identidades de género marcada por concepciones esencialistas. Sin embargo, esto se hace mucho más patente en el caso de las mujeres y su retórica acerca de la importancia determinante de la experiencia de la maternidad en la construcción de la identidad femenina, la cual se ve reafirmada en el discurso de los varones. Sin embargo, estos tienden a realizar reflexiones acerca del origen social de las diferencias entre los géneros, aludiendo a un

sistema de géneros desigual—caracterizado por el “machismo”—y a una socialización diferencial que opera a favor de la reproducción de las desigualdades sociales de género.

Este consenso en torno a la importancia que reviste el rol reproductivo de las mujeres en lo que respecta a la constitución de las identidades de género no sólo de las mujeres, sino también de los varones, sugiere la relevancia de preguntarnos: ¿Por qué el hecho biológico de que sean las mujeres y no los varones quienes gestan la vida reviste tanta importancia a la hora de conceptualizar las diferencias comportamentales entre varones y mujeres? ¿Por qué la maternidad es visualizada como un eje central en la constitución de la identidad femenina y no así la paternidad en la constitución de la identidad masculina, aunque las visiones de los varones más jóvenes sugieran ciertos cambios en este sentido? Estas preguntas no resultan novedosas en el campo de la sociología de las relaciones de género, pero su emergencia en el marco de este trabajo obliga a una reflexión al respecto.

En lo que respecta al vínculo de varones y mujeres con los ámbitos público y privado, y su correlato en los procesos de construcción identitaria, los discursos de las personas entrevistadas señalan la vigencia de pautas correspondientes a un modelo de división sexual del trabajo característico de un sistema de géneros desigual. En este sentido, tanto varones como mujeres señalan un vínculo privilegiado de la identidad femenina con el ámbito privado y de la identidad masculina con el ámbito público. Esto se relaciona profundamente con lo ya expuesto acerca de la persistencia de una visión dicotómica de las características de varones y mujeres, en el marco de un sistema de géneros que asigna posiciones diferenciales a ambos. Sin embargo, las personas de las tres generaciones, pero en mayor medida los y las jóvenes, señalaron cambios en este sentido, principalmente dados por la creciente inserción de las mujeres en el ámbito público—especialmente a través del trabajo remunerado—y su correlato en el ámbito privado así como en los procesos de construcción identitaria. Por lo tanto, ¿nos encontramos efectivamente ante un sistema de género en transición, o deberíamos suponer que se trata de una “coexistencia” de varios sistemas?

Si bien se observaron interesantes matices a nivel intergeneracional, los discursos de las personas entrevistadas revelaron el componente relacional de las identidades de género, es decir, su construcción en relación al otro género. Este aspecto se ve cuestionado en la visión de los varones y las mujeres más jóvenes, quienes dotan a estos conceptos de una mayor flexibilidad.

Asimismo, los discursos analizados presentaron un importante grado de consistencia tanto a nivel intergeneracional como entre los géneros, revelando que el género constituye una matriz de percepción que es compartida por varones y mujeres.

En suma, este trabajo pretendió contribuir al estudio de las relaciones sociales de género en Uruguay desde un abordaje del plano subjetivo, privilegiando la visión de las personas entrevistadas acerca de los procesos de construcción de las identidades de género en la sociedad uruguaya.

Estos hallazgos sugieren la necesidad de realizar estudios no sólo descriptivos sino también comparativos, que incluyan a sectores más amplios de la población así como nuevos ejes analíticos, con el objetivo de profundizar en el conocimiento de las representaciones sociales de la población uruguaya y su correlato de desigualdad en los distintos ámbitos de la sociedad.

Un esfuerzo político o institucional orientado a transformar las relaciones sociales de género en pos de una mayor igualdad entre varones y mujeres en los distintos ámbitos de la sociedad debería partir de más y mejor información acerca de las representaciones sociales que subyacen a estas relaciones.

V. BIBLIOGRAFÍA

- **Aguirre, R:** "Sociología y Género", 1998
- **Aguirre, R:** "Género, Ciudadanía Social y Trabajo", 2003
- **Aguirre, R y Batthyány, K:** "Trabajo, Género y Ciudadanía en los Países del MERCOSUR", 2001
- **Aguirre, R y Batthyány, K:** "Uso del tiempo y trabajo no remunerado", 2005
- **Andrade, X y Herrera, G:** "Masculinidades en Ecuador", 2001
- **Arriagada, I:** "Familias Latinoamericanas: Convergencias y Divergencias de Modelos y Políticas", 1998
- **Badinter, E:** "XY, la Identidad Masculina", 1993
- **Banchs Rodríguez, M:** "Identidades de género en la encrucijada. De la sociedad matrilineal al umbral de la posmodernidad" en "Identidad y Alteridades", 1999
- **Banchs Rodríguez, M:** "Representaciones Sociales, Memoria Social e Identidades de Género", 1999
- **Batthyány, K (Coord.):** "Género y desarrollo. Una propuesta de formación", 2006
- **Berger, P y Luckman T:** "La construcción social de la realidad", 1966
- **Bourdieu, P:** "La Dominación Masculina", 1998
- **Bonino, L:** "Los varones hacia la paridad en lo doméstico", 2000
- **Butler, J:** "El Género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad", 2001
- **Caballero, Z:** "Género y Estereotipos", 1998
- **Cadet, A y Cathelat, B:** "La publicidad. Del instrumento Económico a la Institución Social", 1971
- **Caruncho, C y Mayobre, P:** "El problema de la identidad femenina y los nuevos mitos" en "Novos derechos: Igualdade, Diversidade e Disidencia", 1998

- **Castoriadis, C:** "La Institución Imaginaria de la Sociedad", 1989
- **CIS:** "Opiniones y actitudes sobre la familia", 2004
- **Colombo, E:** "El Imaginario Social", 1989
- **De Oliveira, O (Coord.):** "Trabajo, Poder y Sexualidad. Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer", 1989
- **Delgado, J y Gutiérrez, J:** "Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales", 1995
- **Dex, S:** "La División Sexual del Trabajo", 1996
- **Graña, F:** "¿La Dominación Masculina en Entredicho? Androcentrismo y 'Crisis de Masculinidad' en la producción científica reciente", 1999
- **Goffman, E:** "La Presentación de la Persona en la Vida Cotidiana", 1986
- **Hirata, H y Kergoat, D:** "Las Nuevas Fronteras de la Desigualdad", 1999
- **INE:** "Indicadores de Género", 2004
- **Isla Molina, B:** "Machismo y Psicología Social", 1996
- **Kimmel, M:** "Changing Men. New Directions in Research on Men and Masculinity", 1987
- **Kimmel, M:** "La masculinidad y la reticencia al cambio" en ponencia "Los varones frente a la salud sexual y reproductiva", 1997
- **Lamas, M:** "La Antropología Feminista y la Categoría de Género", 1993
- **Lamas, M:** "Usos, Dificultades y Posibilidades de la Categoría Género", 1994
- **Lamus Canavate, D:** "Representaciones sociales de maternidad y paternidad en cinco ciudades colombianas", 2003
- **Latinobarómetro:** "Informe-Resumen. Latinobarómetro 2004. Una década de mediciones", 2004
- **Lipovetsky, G:** "La Tercera Mujer. Permanencia y Revolución de lo Femenino", 1999
- **Lipsitz Bem, S:** "The Lenses of Gender. Transforming the Debate on Sexual Inequality", 1993

- **López Gómez, A** (Coord.): "Género y generaciones. Reproducción biológica y social de la población uruguaya", 2006
- **Lozoya, J**: "La Identidad Masculina ante el Reto de la Igualdad", 2004
- **Martins da Costa y Ribeiro das Neves** (Comp.): "La Condición Femenina en los Países del MERCOSUR", 1999
- **Mazzara, B**: "Estereotipos y Prejuicios", 1998
- **Mayobre, P**: "Repensando la femineidad", 2002
- **Medina, R**: "En Busca del Instinto Paterno", 1998
- **Menjívar Ochoa, M**: "Paternidad e identidad masculina en Costa Rica: el sobredimensionamiento del mandato de la proveeduría", 2003
- **Murillo, S**: "El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio", 1996
- **Ohme, K**: "'Entre el Trabajo y el Hogar. Las Contradicciones de la Paternidad Moderna", 1997
- **Paredes, M**: "Trayectorias Reproductivas, Relaciones de Género y Dinámicas Familiares en Uruguay", 2003
- **Parsons, T**: "The Social Structure of the Family", 1949
- **Perotin-Dumon, A**: "El Género en Historia", 1995
- **Saltzman, J**: "Equidad y Género. Una Teoría Integrada de Estabilidad y Cambio", 1989
- **SERNAM**: "Hombres y mujeres: Cómo ven hoy su rol en la sociedad y en la familia", 2002
- **Sharim, D**: "La identidad de género en tiempos de cambio: una aproximación desde los relatos de vida", 2003
- **Valdés, T y Olavarría, J**: "Masculinidades. Poder y Crisis", 1997
- **Vasilachis de Gialdino, I**: "La Construcción de las Representaciones Sociales. Discurso Político y Prensa Escrita. Un Análisis Sociológico, Jurídico Y Lingüístico", 1997
- **Veblen, Thorstein**: "The Theory of the Leisure Class", 1899

VI. ANEXO METODOLÓGICO

1. Objetivo general

El objetivo general de esta investigación fue el de caracterizar a grandes rasgos las identidades de género “generacionales” de varones y mujeres, en busca de continuidades y rupturas entre las tres generaciones consideradas para cada uno de los géneros.

2. Objetivos específicos

Este objetivo general se divide en los siguientes objetivos específicos:

2. 1. Caracterizar las identidades masculinas generacionales en base a elementos surgidos del discurso de los varones entrevistados en torno a los siguientes ejes:

- Principales atributos de la masculinidad
- Roles masculinos a la interna de la familia
- Roles masculinos en el mundo del trabajo
- Roles masculinos en el campo de la ciudadanía
- Percepción del contexto social en materia de género

2. 2. Comparar estas percepciones en busca de continuidades y rupturas en la forma en que los varones conciben a la masculinidad a través de las tres generaciones.

2. 3. Caracterizar las identidades femeninas generacionales en base a elementos surgidos del discurso de las mujeres entrevistadas en torno a los siguientes ejes:

- Principales atributos de la femineidad
- Roles femeninos a la interna de la familia
- Roles femeninos en el mundo del trabajo
- Roles femeninos en el campo de la ciudadanía
- Percepción del contexto social en materia de género

2. 4. Comparar estas percepciones en busca de continuidades y rupturas en la forma en que las mujeres conciben a la femineidad a través de las tres generaciones.

2. 5. Comparar las conclusiones generales para ambos géneros.

3. Pregunta general

¿Qué continuidades y qué rupturas existen en las formas en que varones y mujeres de tres generaciones conciben a sus propias identidades de género, es decir, a su masculinidad y su femineidad respectivamente?

4. Preguntas específicas

- ¿Cuáles son los principales atributos que los varones asignan a la masculinidad?
- De acuerdo a estos varones, ¿cuáles son los principales roles masculinos en la familia?
- De acuerdo a estos varones, ¿cuáles son los principales roles masculinos en el mundo del trabajo?
- De acuerdo a estos varones, ¿cuáles son los principales roles masculinos en el campo de la ciudadanía?
- ¿Cómo conceptualizan estos varones el actual contexto social en materia de género?
- ¿Qué continuidades y qué rupturas existen en la forma en que estos varones conciben a la masculinidad a través de tres generaciones?
- ¿Cuáles son los principales atributos que las mujeres asignan a la femineidad?
- De acuerdo a estas mujeres, ¿cuáles son los principales roles femeninos en la familia?
- De acuerdo a estas mujeres, ¿cuáles son los principales roles femeninos en el mundo del trabajo?
- De acuerdo a estas mujeres, ¿cuáles son los principales roles femeninos en el campo de la ciudadanía?
- ¿Cómo conceptualizan estas mujeres el actual contexto social en materia de género?
- ¿Qué continuidades y qué rupturas existen en la forma en que estas mujeres conciben a la femineidad a través de tres generaciones?
- ¿Qué similitudes y qué diferencias existen en la forma en que varones y mujeres conciben a estos aspectos?

5. Hipótesis general

Es dable esperar que las conceptualizaciones de la masculinidad y la femineidad de varones y mujeres de tres generaciones manifiesten una cierta continuidad entre sí, dado el profundo arraigo subjetivo de las pautas culturales que determinan “lo masculino” y “lo femenino”. Sin embargo, en el marco de los grandes cambios que se procesan en materia de relaciones de género, también es dable esperar que las percepciones – especialmente las de las generaciones más jóvenes– presenten ciertas rupturas con respecto a las generaciones mayores.

6. Hipótesis específicas

- Es esperable que el discurso de las personas entrevistadas presente concepciones “igualitaristas” en materia de género, debido a la extendida aceptación de este tipo de discursos en las sociedades occidentales.
- También es probable que los discursos señalen la presencia de estereotipos de género tradicionales, debido al supuesto de un fuerte arraigo subjetivo de los mismos.
- Es esperable que las caracterizaciones que realizan varones y mujeres de sus identidades de género se mantengan relativamente estables a lo largo de las tres generaciones, principalmente en aquellos roles de género considerados “pilares” de la femineidad y la masculinidad tradicionales.
- A su vez, es probable que se observen ciertas rupturas entre las tres generaciones, principalmente en aquellos roles de género que se han visto más profundamente afectados por las transformaciones que han atravesado las sociedades occidentales en las últimas décadas.
- Por último, es esperable que los discursos de varones y mujeres revelen una cierta consistencia entre sí, en el supuesto de que los sistemas de género – entendidos como relaciones de poder, prácticas, creencias, valores, estereotipos y normas sociales– son internalizados y reproducidos por ambos.

7. Estrategia metodológica

Esta investigación se propuso caracterizar las identidades de género de varones y mujeres de tres generaciones sucesivas de una misma familia, prestando especial atención a las posibles continuidades y rupturas en las formas en que estas personas conciben a la masculinidad y la femineidad.

El contexto general en el que tuvo lugar esta investigación fue Montevideo, Uruguay, durante los años 2003 y 2004. El trabajo de campo fue realizado durante el primer semestre de 2004.

Con este fin, se realizó un estudio de casos comparativo entre personas de un mismo sexo, pertenecientes a tres generaciones sucesivas de una misma familia. Esto significa que las personas seleccionadas fueron tres abuelas, tres madres y tres hijas para los casos femeninos, y tres abuelos, tres padres y tres hijos para los casos masculinos. Por caso entendemos a *“un objeto con unas fronteras más o menos claras que se analiza en su contexto y que se considera relevante bien sea para comprobar, ilustrar o construir una teoría o una parte de ella, bien sea por su valor intrínseco”*^{10,3}.

De acuerdo al marco teórico de referencia, uno de los elementos centrales en la construcción de las identidades de género de las personas es el conjunto de **roles de género** que desempeña –además de su sexo biológico y su orientación sexual (esta última variable no se incluyó en la selección de los casos, debido a que su inclusión implicaba un grado de complejidad que superaba las características del trabajo).

Partiendo de este supuesto, las personas seleccionadas para este estudio fueron indagadas en torno a los siguientes cinco ejes:

- Principales atributos de la identidad de género propia
- Roles de género a la interna de la familia
- Roles de género en el mundo del trabajo
- Roles de género en el campo de la ciudadanía
- Percepción del contexto social en materia de género

El diseño metodológico consistió en un **estudio de casos múltiples**, considerando como unidades de análisis a las distintas generaciones de ambos sexos.

Para la construcción de los casos, se seleccionaron tres familias para cada uno de los géneros, teniendo en cuenta que cumpliesen con los siguientes requisitos:

- Las tres generaciones de la misma familia no debían convivir bajo un mismo techo. De esta forma se pretendió controlar que los hogares de las personas seleccionadas no fuesen “extendidos”, lo cual implicaría una convivencia cotidiana con personas de varias generaciones.
- Las personas adultas y jóvenes debían ser parte de la Población Económicamente Activa (PEA). Los adultos mayores debían ser pasivos, pero haber pertenecido a la PEA en el pasado. Con este requisito se pretendió asegurar que las personas entrevistadas hayan sido y sean testigos y protagonistas de los cambios que han acontecido y que acontecen en el ámbito laboral local.
- Todas las personas seleccionadas debían autoidentificarse como “izquierdistas” –votantes de partidos de izquierda– y las generaciones más jóvenes debían estar directamente vinculadas a organizaciones sociales o colectivos políticos que se autodefina “izquierdistas”. Este requisito se impuso en el entendido de que históricamente, las izquierdas políticas y sociales han acompañado a los movimientos feministas y de mujeres, suscribiendo sus reivindicaciones en diferente medida. A su vez, el trabajo de campo se llevó a cabo en un año electoral, en el cual varias temáticas de género se encontraban presentes en la agenda pública (Ley de cuotas de género en el Parlamento y Ley de Salud Sexual y Reproductiva). De esta forma, se pretendió que los discursos analizados correspondiesen a personas pertenecientes a sectores que presumiblemente suscribirían una visión “progresista” en materia de género. Este requisito también supuso un “obstáculo metodológico”, ya que los discursos de estas personas debieron analizarse con especial atención a la existencia de inconsistencias o contradicciones en los mismos.
- Las personas seleccionadas debían pertenecer a las mismas “generaciones”, en el sentido de Attias-Donfut¹⁰⁴. Esta noción de generación refiere a una comunidad “espiritual”, que comparte experiencias, ideas, mentalidades, ciertas visiones del mundo y de la sociedad, y alude a una combinación de historia social y de

modos de pensar¹⁰⁵. Por otra parte, de acuerdo a Paredes, el escenario de la familia constituye un ámbito privilegiado para el análisis de la relación entre generaciones¹⁰⁶. Con el fin de controlar la pertenencia de las personas entrevistadas a las mismas generaciones, se seleccionaron personas cuyas edades no oscilaran en más de cinco años entre sí.

Esta construcción de los casos apuntó a una **representatividad analítica**, entendida como aquella que *“implica que el caso es apropiado para el tipo de discusión teórica que se quiere dilucidar con su análisis. Las conclusiones a las que se llegue no se pueden extrapolar a un universo, sino al conjunto de teorías a las que el caso se dirige”*¹⁰⁷.

A partir de esta conceptualización, se buscó realizar una comparación analítica por similitud. Las unidades seleccionadas cumplieron con las condiciones anteriormente mencionadas, con el objetivo de ser posteriormente comparadas en lo que refiere a percepciones sobre la constitución de las identidades de género. Por lo tanto, las variables que surgieron pero que no estuvieron presentes en todos los casos, fueron descartadas como variables explicativas.

Todas las personas seleccionadas fueron entrevistadas sobre los mismos temas, pretendiendo con esto recoger información lo más exhaustiva posible, con la intención de realizar un análisis profundo de las semejanzas y diferencias en lo que refiere a las caracterizaciones de las identidades de género “generacionales” que realizan estas personas, así como las tendencias que –de acuerdo a los mismos– siguen estos procesos. Todas las personas fueron entrevistadas en base al mismo guión de entrevista, de carácter emergente y flexible. Se optó por un guión de este tipo en detrimento de una pauta cerrada¹⁰⁸, con el objetivo de observar el proceso de deconstrucción de los atributos de las identidades de género que realizan las personas.

8. Guión de entrevista

Percepción del propio género

- ¿Qué significa para usted ser mujer / hombre?
- ¿Existen características o actitudes típicamente femeninas / masculinas? ¿Me podría dar ejemplos? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Y por el contrario, le parece que existan características o actitudes que no sean típicamente femeninas / masculinas? ¿Me podría dar ejemplos? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Cuáles son las diferencias centrales entre “ser mujer” y “ser hombre”? ¿Por qué le parece que esto es así?

La familia

- ¿Cuáles son los principales roles de la mujer / el hombre en la familia? ¿Por qué le parece que esto es así?

- ¿Cuál es el aporte distintivo de la mujer / el hombre en el hogar? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Cuál es el aporte distintivo de la mujer / el hombre en la pareja? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Qué tan importante es la maternidad / la paternidad para una mujer / un hombre? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Cómo le parece que tiene que actuar una mujer / un hombre para ser buena madre / buen padre en nuestra sociedad? ¿Por qué le parece que esto es así?

El mundo del trabajo

- ¿Qué significa el trabajo para una persona? ¿Qué le aporta el trabajo a las personas y sus personalidades? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Qué significa el trabajo específicamente para una mujer / un hombre? ¿Qué le aporta el trabajo a la mujer / el hombre? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Le parece que el trabajo signifique lo mismo para las mujeres y los hombres? ¿Le parece que el trabajo resulte más importante para alguno de los sexos? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Le parece que existan trabajos más propicios para una mujer / un hombre? ¿Por qué le parece que esto es así?
- En general ¿qué es más importante para una mujer / un hombre: la familia o el trabajo? ¿Por qué le parece que esto es así?

La ciudadanía

- ¿Cuál es rol de la mujer / el hombre en los ámbitos de la sociedad que implican poder o toma de decisiones, como por ejemplo la política? ¿Cuál es el aporte distintivo de la mujer / el hombre en estos ámbitos? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Cuál es rol de la mujer / el hombre en los ámbitos de participación comunitaria de la sociedad, como por ejemplo las organizaciones de la "sociedad civil organizada"? ¿Cuál es el aporte distintivo de la mujer / el hombre en estos ámbitos? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Cómo describiría el ocio o tiempo libre de la mujer / el hombre? ¿Existen diferencias entre ambos sexos? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Le parece que mujeres y hombres en la actualidad gozan de los mismos derechos? ¿Por qué le parece que esto es así?

El contexto social

- ¿Cómo ve al mundo de hoy en lo que respecta a los derechos de mujeres y hombres? ¿Por qué le parece que esto es así?

- ¿Cómo ve al mundo de hoy con respecto al pasado? ¿El contexto social actual es más o menos igualitario que el del pasado? ¿Por qué le parece que esto es así?
- ¿Cómo le parece que va a ser el futuro en este sentido? ¿Por qué le parece que esto es así?

VII. SELECCIÓN DE CITAS

En este anexo se presenta una selección de citas de las entrevistas más extensa que la incorporada en el cuerpo del trabajo.

(1)

"Para mí ser mujer significa ser madre, ser, como persona algo muy grande [...] la mujer me parece que es el centro de una familia, a pesar de que el padre aporte... la parte masculina aporta, pero la responsabilidad la lleva siempre la mujer. Parecería que el sexo fuerte fuera el hombre pero no, yo creo que la mujer es el sexo fuerte y es más, debería dársele más lugar en muchos lugares, en muchas áreas de la sociedad. Debería dársele más cabida a la mujer." (adulta mayor 1)

(2)

"Para mí la mujer tiene más responsabilidades que el hombre desde el momento que es madre, trabaja, en mi caso yo estudio, cuando asumís, en el caso mío una empresa, lo asumís de otra manera que el hombre. ¿Qué es ser mujer? Es tratar de buscar un lugar en la sociedad, que todavía no te lo han dado. Veo que la mujer hoy por hoy se está abriendo camino pero que le ha costado mucho más trabajo que lo que le ha costado al hombre". (adulta 2)

(3)

"Ser mujer, me parece que en la sociedad que estamos es todo un desafío." (joven 1)

(4)

"Creo que las mujeres se han apropiado mucho más de los roles masculinos, le han sacado a lo femenino lo específico que tenía y creo que a los hombres les cuesta mucho más apropiarse de los valores femeninos." (joven 3)

(5)

"Para mí fue muy importante y es muy importante. Pero creo que hay que querer ser madre para que sea importante. Si tú no querés ser madre nunca va a ser importante la maternidad. Creo que es algo que lo tenés que sentir y tener ganas y querer ser madre para que sea importante. Si no, no va a ser importante nunca [...] Hay mujeres que se realizan plenamente y no son madres". (adulta 2)

(6)

"Ese sentido maternal, la ternura, el cariño... Todo eso la hace femenina." (adulta mayor 3)

"Creo que el instinto maternal te da una cierta sensibilidad. Te mueve el piso ser madre, pero ser madre cuando realmente lo querés, ahí tenés una sensibilidad. Porque es algo muy tuyo, es algo que lo tuviste contigo durante nueve meses, y solo tú palpás lo que es. [...] Hay mujeres muy sensibles que de repente no son madres, pero no sé". (adulta 2)

(7)

"Tenés otra sensibilidad, me parece. Es diferente. Hay hombres sensibles y mujeres menos sensibles. Es todo, lo biológico y lo cultural". (joven 1)

"Todo lo referido a la sensibilidad femenina, todas esas cosas que se ven como patrimonio de lo femenino y que en realidad, yo no creo que sea así, pero creo que es así como se da en la realidad". (joven 3)

(8)

"[la mujer] es sensible y a veces parece más débil pero en realidad tolera más cosas que el hombre no puede, como el parto. Creo que al hombre le da más miedo todo eso. Para las enfermedades y todo eso la mujer como que asume más, está más preparada en la vida para todo eso" (joven 1)

"Parecería que el sexo fuerte fuera el hombre pero no, yo creo que la mujer es el sexo fuerte y es más, debería dársele más lugar en muchos lugares, en muchas áreas de la sociedad". (adulto mayor 1)

(9)

"Por ejemplo el romanticismo, ser romántica... yo soy romántica desde que me conozco [...] me parece que la mujer es más romántica, más sensible" (adulto mayor 1)

(10)

"Una mujer tiene su atractivo, no tiene que ser una persona llamativa, nada extravagante [...] Yo siempre fui muy sencilla, no es tanto una cuestión de coquetería sino estar en el momento adecuado de forma adecuada, si vas a una fiesta, estar más elegante [...] La coquetería es femenina" (adulto mayor 2)

(11)

"Hay otras cosas que salen más de la mujer que del hombre, el arreglo de la casa, el gusto de la casa, las plantas, las flores, a mí me parece que eso aflora más en la mujer que en el hombre, son cosas más femeninas, más delicadas, que el hombre en ese aspecto no se fija". (adulto mayor 2)

(12)

"Todo el tema de la preocupación estética, 'ser señorita', ser educada, ser dulce, recatada, todas esas cosas, la suavidad femenina." (joven 3)

(13)

"Cuando yo era joven y me casé yo ponía lo masculino a un lado y lo femenino en otro, pero la vida va cambiando y ya no hay quehaceres definidos, 'esto es para la mujer y esto es para el hombre'. El límite no está claro, lo hallo natural. La vida lo lleva al cambio." (adulto mayor 2)

(14)

"[ser varón] es una responsabilidad que se afronta en la vida, con la intención de modificar los errores cometidos en nuestra infancia, que no se transmitan a los hijos, y la responsabilidad que se tiene de llevar una casa, de afrontar todos los riesgos que significa." (adulto mayor 2)

(15)

"Yo ando con una cartera por la calle y a veces me gritan puto" (joven V 3)

(16)

"Creo que al hombre se le imponen cosas igual que a las mujeres, solo que cosas diferentes. Probablemente hay valoraciones diferentes de las cosas. [...] los hombres sufren pila con eso de tener que adoptar posturas que capaz que no son las que quieren adoptar. Creo que también los grupos les influyen mucho a los hombres con eso de tener que encarar mujeres, tener que andar con muchas mujeres, y ser malos, re duros, reírse y no poder expresarse afectivamente de una forma más profunda. Todo eso me parece que también son limitantes que potencian las personas. Creo que toda la estigmatización de ser un 'marica' los hombres la sufren mucho, a flor de piel." (joven 3)

(17)

"La violencia física y ese tipo de cosas que parece que es una característica más bien masculina, por lo menos explotada por los hombres, lo que denuncia la categoría de hombre golpeador [...] el ejercicio de cierto poder físico, me parece que es una cosa masculina." (joven V 1)

(18)

"Supongo que lo físico te tiene que condicionar también emocionalmente. Sí, te tiene que condicionar si o sí, porque te sentís distinto si podés dominar con la fuerza." (adulto 3)

(19)

"Ser machista es una actitud que no sé si beneficia al hombre, pero es un sometimiento de la mujer a, de repente, a lo que el hombre quiere que sean las cosas" (joven V 2)

(20)

"Nuestra sociedad es machista, por lo tanto tiene una predominancia de libertades [...] que se dejan sutilmente bajo la sombra de la tolerancia y de la convivencia." (adulto mayor 1)

(21)

"Hay diferencias del tipo de conducta, de derecho y de posibilidades [...] por ejemplo, la conducta está dada más que nada por las restricciones que tiene en forma distinta el individuo macho y el individuo hembra. Es cultural, porque es producto de nuestra civilización." (adulto mayor 1)

(22)

"Creo que la generación de mis hijos reproduce todavía cosas que la generación de mis padres tenía y nosotros tratamos de romper y no pudimos, por lo menos acá en el Uruguay, creo que es distinto. Pero la generación de mis hijos todavía reproduce." (adulto 3)

(23)

"A veces la firmeza en el carácter, la presencia en la toma de decisiones, pueden estar marcando de alguna manera la masculinidad, fundamentalmente en que a veces los hombres aparecemos como algo más equilibrado, no tan viscerales o afectivos como puede aparecer la mujer [...] sí hay características que no son esencialmente masculinas como puede ser el exceso de los detalles, los comentarios excesivos, demasiada atención a detalles en la vestimenta." (adulto 2)

(24)

"En lo que atañe a llevar la casa es natural que sea la mujer la que está todo el día en la casa, que tenga la palabra en muchas cosas." (adulto mayor 2)

(25)

"El hombre tiene que cooperar en todo. Ayudar en todo. [...] el hombre en la familia tiene que ser así, tiene que ayudar, tiene que colaborar, compartir" (adulto mayor 3)

(26)

"[la mujer] es la que maneja todas las cosas más importantes. En lo que tengo a mi alrededor lo que pasa es eso, la que toma las decisiones importantes es la mujer." (adulto mayor 1)

(27)

"Un poco en broma, no dejarse avasallar por la patrona [risas]. Porque siempre quiere tener la supremacía de la casa. Y eso no lo acepto. Yo siempre discuto porque todo lo que sea de la casa está bien hecho si está supervisado por la compañera." (adulto mayor 2)

(28)

"Ahora la mujer tiene un rol más, cómo te voy a decir, más independencia económica, que antes no tenía. Entonces el hombre antes lo que tenía era traer la plata a la casa. [...] ahora como la mujer es más independiente, y tiene independencia económica, es como que se comparten un poco más las cosas." (adulto 1)

(29)

"Es importantísimo que la mujer mantenga unida a su familia, que no se separen ni los padres ni los hijos de los padres, ni los hermanos... en fin, que siempre estén, aunque a veces hay muchos desacuerdos entre una cosa y otra, pero la mujer es la que tiene que tratar que la familia esté siempre unida." (adulto mayor 2)

"Todo el tema de la comunicación, tratar de... a través de la comunicación verdadera con el otro, creo es que [las mujeres] tienen que ser como el núcleo, transformar a la familia en un núcleo donde la comunicación para dar resulte fundamental." (adulto 3)

(30)

“En primer lugar, ánimo, consuelo, ayuda a los hijos y al marido también, es un soporte para el marido. [la mujer] tiene más ese sentimiento de ayudar y de aconsejar, ese es el rol con el marido y con los hijos.” (adulta mayor 3)

“La mujer puede aportar la confianza. La amistad con los hijos. [...] La falta de diálogo te lleva a confusiones, por eso la mujer tiene que estar siempre alerta, siempre viendo que las cosas estén bien y siempre tratando de poder acercarse, además de cumplir con sus cosas laborales y de la casa, tener diálogo con los integrantes de la familia. Yo pienso que la mujer es más propicia para eso. [...] La mujer tiene como una cierta debilidad, como una intuición, como lo hablábamos hoy, para tratar de dirigir todo eso.” (adulta 1)

“Creo que [la mujer] siempre se preocupa por la unión y por el entorno familiar, como madre, hija o hermana. Como que se preocupa de mantener unida a la familia y creo que es algo que el hombre no se preocupa tanto. [...] Como que se preocupa y se fija más, creo que ahí va eso de la sensibilidad, está más alerta” (joven 1)

(31)

“Yo creo que cada uno aporta algo diferente de acuerdo a cómo sea esa relación. Cada mujer tiene sus características, cada hombre tiene las de él y yo creo que es muy relativo y depende mucho de las circunstancias. Yo creo que no hay una cuestión de género mediante. Depende de la pareja. Si no, yo creo que caemos en una cuestión en este caso biológica, por el hecho de que en casa yo soy más alto que Adriana [esposa], entonces muchas veces soy yo el que saco una jarra de allá arriba porque ella no llega, pero eso es relativo.” (adulto 1)

(32)

“La función específica de cada uno no está dada por el género de las parejas. Pero en verdad, sí, obviamente, hay un montón de cuestiones [...] hay un rol específico del hombre de defender, de agarrar el modelo de protección masculina a la mujer débil, pobre... pero explícito e idealmente para mí no... en realidad tiene que haber una complementariedad de ambos, de los dos integrantes de la pareja, por el lado que les sirva, y no una cuestión de papeles muy definidos a través de los cuales traten de llegar el uno al otro.” (joven V 1)

(33)

“Yo esto lo digo acá, pero después cuando me encuentro con mi novia y me dice ‘dame un abrazo que estoy triste’, yo claro que le voy a dar un abrazo y hacerme el machote. Pero creo que las cosas se matizan, se cuestionan y se van modificando, aunque es inevitable que queden ese tipo de resabios.” (joven V 3)

(34)

“Es diferente, cuando es niño, el amor paternal siempre tiene diferencias con el amor maternal. [...] El sentimiento de madre, entiendo yo que debe ser más fuerte que el sentimiento de padre. Parece más fuerte emotivamente. Eso será por el contacto físico que tuvo durante su gestación. El sentido maternal se ve que es mayor en casi toda la especie. Es más fuerte el amor maternal que el paternal.” (adulto mayor 1)

(35)

"Te da la responsabilidad, en el sentido de tratar de aportar algo, de tener la obligación de cumplir con, en este caso con tres tipos que son culpa mía [risas]." (adulto 1)

(36)

"Me parece que lo que en realidad te define ahí son las ganas de hacerte cargo y el amor que vos le tengas al hijo que decidiste o no decidiste tener." (joven V 1)

(37)

"Te cambia la vida, porque hasta que no tenés un hijo vos podés encarar la vida medio a los tumbos, pero cuando tenés un hijo tenés que planificar más las cosas, no sos solo vos. Tenés alguien más a quien encaminar, a quien ayudar, a quien enseñar." (joven V 2)

(38)

"El hombre que no trabaje no puede vivir. [...] Las personas tienen que tener una actividad, tienen que estar ocupados. Y para los hombres, el trabajo es muy importante. Es quien trae el dinero a la casa. La actividad es muy fundamental." (adulto mayor 3)

(39)

"La satisfacción de esa necesidad de sentirse autónomo, autosuficiente. Si un hombre está trabajando tiene su masculinidad como media completa. Se siente bien. Pero no sé, me parece que se están disparando las formas de interpretar tanto la situación de empleo como de desempleo por parte del hombre. Hay hombres que en desempleo se deben estar empezando a sentir cómodos." (joven V 1)

(40)

"Dentro de la familia [el varón] tiene que ser el encargado de proveer todo lo que la familia precisa, por eso es el que más trabaja, el que más tiene que aportar el dinero [...] todo eso se ha ido modificando con el tiempo." (adulto 3)

(41)

"Al cambiar el sistema de vida y la mujer incorporarse al trabajo y todo, la lleva también a cambiar de actitud." (adulto mayor 2)

(42)

"El trabajo aporta muchísimo: te aporta una forma más de socialización, relaciones, aprendizajes, valores, te hace cambiar ciertas ideas. [...] creo que socialmente hablando, nuestra sociedad le impone a las personas que el hecho de trabajar te da derechos, le demuestra a las otras personas que sos un igual" (joven 2)

(43)

"El trabajo es lo más dignificante que hay. Sin trabajo vos no tenés ingresos, sin trabajo vos no tenés 'independencia' entre comillas no, independencia económica..." (adulto 3)

"Te da independencia, te hace sentir útil. Hoy en día hay mucha gente sin trabajo y creo que no es digno no tener trabajo." (joven V 2)

(44)

"A medida que vos tenés trabajo, pasás a existir en la sociedad. Pasás a tener una cobertura médica, una cuenta bancaria, de repente cosas aleatorias que vos necesites, eso es importante, hace al hecho de poder ser alguien, de sentirte alguien." (adulto 3)

(45)

"Yo creo que el trabajo lo debe valorar tanto un hombre como una mujer de la misma manera. Si vos tenés posibilidades de desarrollarte como ser humano, no como trabajador sino como ser humano, en tu trabajo, eso lo debe valorar todo el mundo de la misma manera." (adulto 1)

(46)

"Arar con bueyes por ejemplo es un trabajo complicado. No complicado, porque no hay un problema intelectual, es un problema meramente físico. [...] partiendo de la base que hay una diferencia morfológica, anatómica, hay una predisposición a tareas que sin duda está más preparado un hombre para realizarlas que una mujer. [...] también existe lo contrario, en el trabajo agrícola se elige en muchos cultivos que llevan mucha mano de obra, mano de obra calificada de alguna manera, se eligen a mujeres y no a hombres. En la cosecha de la frutilla por ejemplo, se prefiere a la mujer que al hombre para hacerlo. [...] creo que es una cuestión cultural. A lo que apuntan los productores de frutillas en este caso es a que por lo general la mujer tiene un trato más delicado con el producto que está manejando que el hombre." (adulto 1)

(47)

"Capacidad física o fuerza física, hacen que la mujer quede afuera. Aunque hoy por hoy la tecnología hace que no todas las tareas sean necesariamente de carácter físico o la instrumentación haya permitido una mayor inserción de la mujer. La prueba está que hoy encontramos mujeres choferes manejando ómnibus, camiones." (adulto 2)

"Yo creo que los trabajos no es que sean propicios, si creo que hay trabajos que por la fuerza que implican a la mujer le cuesta más realizarlos. No es que no los pueda realizar sino que le cuesta más realizarlos. Pero después creo que la mujer está tan capacitada como el hombre para desempeñar cualquier tipo de tareas." (adulto 2)

(48)

"En algo que tenga que ver con la comunicación, tal vez, algo con la sensibilidad. Y además tiene que ver con el físico, porque el hombre casi siempre tiene más fuerza que la mujer [...] Igual, creo que la mayoría de los trabajos hoy por hoy los pueden hacer tanto el hombre como la mujer." (joven 1)

"Casi todas las maestras son mujeres, las enfermeras son casi todas mujeres. Son papeles que son un poco maternales si se quiere, que salen de la naturaleza de la mujer. [...] En las maestras por ejemplo, la docencia es una forma de maternidad [...] Maestras, enfermeras, todo de lo que implique algo de la naturaleza femenina, que está compuesta por un tema de ternura y sensibilidad." (adulto mayor 3)

(49)

"No te lo puedo decir. Depende de cada persona, en general no te lo podría decir. Pero Nsi tuviera que decirlo, diría que la familia. Para mi es central. Para mi sería una frustración realmente el ver mi familia disuelta." (adulta 2)

(50)

"Creo que no es muy generalizable. No sé, pero creo que deben haber más mujeres a las que les importe más la familia que hombres a los que les importe más la familia. Pero en general, creo que el trabajo y la familia son dos cosas que se busca equilibrar. No sé si alguien diría que es lo mas importante, trabajo o familia, pero creo que a la hora de elegir y de dedicar tiempo, creo que es complicado, y que hay muchas más mujeres que dedican más tiempo a su familia que al trabajo. Creo que eso persiste, capaz que no tanto en el discurso de las personas pero sí en los hechos. A la hora de resignar, las mujeres van a resignar más naturalmente, van a ser ellas las que releguen más cuestiones por la familia." (joven 3)

(51)

"Hay discriminaciones en la función administrativa [...] a las empleadas mujeres no las quieren porque se embarazan, aunque las leyes la protejan" (adulto mayor 1)

(52)

"Yo creo que eso es consecuencia de nuestra cultura. Es una cultura machista en la que siempre ha habido eso. Ha sido el hombre el que ha estado como elemento representativo y en el uso del poder [...] Me parece que la constitución no establece diferencias entre hombres y mujeres, lo que pasa es que no se llega a la realización." (adulto mayor 1).

(53)

"En esta sociedad hay mucho machismo. Claro que sí. El machismo se ve en los políticos, ahí se ve claramente, en las pocas mujeres que llegan a la política." (adulto mayor 3)

"La sociedad todavía conserva ese machismo. Por ejemplo, vos ves a los políticos y casi todos son hombres. Como que todavía no está asumido totalmente. Sin embargo hay mujeres, pero no tienen tanto protagonismo." (joven 1)

(54)

"A diferencia de la mujer, el hombre es como más frío, me parece. A este tipo de cargos, me parece que es por eso que llegan los hombres y no las mujeres. La mujer es más emotiva. De repente en esos cargos, en la toma de decisiones no tenés que mostrar tantas emociones, que las mujeres de repente las tiene más a flor de piel." (joven V 2)

"Creo que la situación de las mujeres en esos espacios tiene que ver con lo que venimos hablando, de las personalidades y los estereotipos de hombres y mujeres. Creo que hay un montón de cosas en torno a lo que es 'ser femenina' que no se aplican a lo que implica el área específica de la política, por ejemplo, o de la participación pública" (joven 3)

(55)

“Cada vez se está dando más cabida, lo que pasa es que cuesta acá, en esta sociedad, ver que una mujer llegue a donde siempre estuvo al frente un hombre.” (joven 2)

(56)

“Yo no entiendo por qué los dirigentes de la FUS son hombres, la mayoría, hay mujeres, pero ¿que en la Federación Uruguaya de la Salud haya más dirigentes hombres que mujeres...? En los maestros pasa lo mismo. Entonces creo que no es un problema de capacidades sino un problema cultural, porque en definitiva ahí son las mujeres que están haciendo esa opción.” (adulto 1)

(57)

“Además está todo eso de los tiempos, los tiempos de la familia, las mujeres suelen ser las que relegan más sus tiempos personales, sus espacios de trabajo. Entonces claro, la militancia requiere tiempo, y a ellas les cuesta más apropiarse de un espacio, pertenecer a un espacio, porque necesitan tener legitimidad, estando horas ahí” (joven 3)

“Implica, por ejemplo, continuidad de trabajo, tiempo para dedicarse, y eso las mujeres a veces no pueden. Hay algunas que se dedican pero, por tradición, la mujer está en la casa. Los trabajos del hogar le corresponden a ella entonces cuando los termina se puede dedicar a la política, o tiene quien la sustituya” (adulto mayor 3)

(58)

“En la profesión médica hay cierta discriminación hasta por las propias mujeres, por ejemplo en la parte de maternidad. Muchas, la mayoría prefieren que las atiendan médicos hombres.” (adulto mayor 1)

NOTAS

- ¹ Aguirre; 1998: 19
- ² Bourdieu; 1998: 14
- ³ Durán; 1998: 31
- ⁴ Paredes; 2003: 1
- ⁵ Aguirre, 1998: 19
- ⁶ Lipsitz Bem, 1993: 81
- ⁷ Caruncho y Mayobre; 1998: 2
- ⁸ Lerner en Caruncho y Mayobre; 1998: 2
- ⁹ Isla Molina; 2000: 2
- ¹⁰ Lipsitz Bem; 1993: 4
- ¹¹ Berger y Luckman; 1966/1977: 80
- ¹² Vasilachis de Gialdino; 1997: 301
- ¹³ Lamas; 1999: 23
- ¹⁴ Colombo; 1989: 93
- ¹⁵ Colombo; 1989: 93
- ¹⁶ Banchs Rodríguez; 1999: 2
- ¹⁷ Cadet y Cathelat; 1971: 181
- ¹⁸ Berthelot y Henry; 2000: 2
- ¹⁹ Caballero; 1996: 34
- ²⁰ Santos Velázquez; 2000: 2
- ²¹ Baró en Banchs Rodríguez; año: 3
- ²² Lipsitz Bem; 1993: 152
- ²³ Santos Velázquez; 2000: 3
- ²⁴ Lipsitz Bem; 1993: 175
- ²⁵ Badinter; 1989: 23
- ²⁶ Olivera; 1989: 23
- ²⁷ Paredes; 2003: 1
- ²⁸ Paredes; 2003: 1
- ²⁹ Saltzman; 1989: 233, 234
- ³⁰ Martins Costa y Ribeiro das Neves; 1999: 267
- ³¹ Aguirre; 2003: 5
- ³² Paredes; 2003: 1
- ³³ Delgado; 1995: 605
- ³⁴ Kimmel; 1987: 12
- ³⁵ Banchs Rodríguez; 2001: 8
- ³⁶ Paredes; 2003: 2
- ³⁷ Paredes; 2003: 2
- ³⁸ Lipovetsky; 1999: 12
- ³⁹ Consultar Guión de Entrevista en Anexo Metodológico.
- ⁴⁰ Lipovetsky; 1999: 10
- ⁴¹ Banchs Rodríguez; 1999: 10
- ⁴² Aguirre y Batthyány; 2005: 90
- ⁴³ Es importante aclarar que las mujeres entrevistadas pertenecen a estratos socioeconómicos medios y medio-altos, por lo su discurso evidencia una concepción “burguesa” de la estética femenina, en el sentido de Veblen, quien afirma que *“la gratificación superior que se deriva del uso y la contemplación de objetos costosos y supuestamente bellos es, comúnmente, en gran medida una gratificación de nuestro sentido económico enmascarado bajo el nombre de belleza”* (Veblen: 1899; 53).
- ⁴⁴ Connell en Valdés y Olavarria ; 1995: 35

-
- ⁴⁵ Marqués en Valdés y Olavarría ; 1997: 9
- ⁴⁶ Connell en Valdés y Olavarría; 1995: 39
- ⁴⁷ Connell en Valdés y Olavarría; 1995: 40
- ⁴⁸ Kimmel en Graña; 1999: 6
- ⁴⁹ Connell en Valdés y Olavarría; 1995: 32
- ⁵⁰ Kimmel en Graña; 1999: 6
- ⁵¹ Andrade; 2001: 17
- ⁵² Banchs Rodríguez; 1996
- ⁵³ Si bien la variable “orientación sexual” no fue incluida en el guión de entrevista, las personas entrevistadas proporcionaron información sobre la misma en forma espontánea.
- ⁵⁴ Aunque las entrevistas se centraron en las distintas dimensiones de las relaciones de género, las respuestas de los entrevistados en muchos momentos tocaron otros temas, dejando entrever –al menos, a nivel discursivo– concepciones de carácter “igualitarista”.
- ⁵⁵ Lozoya; 2004
- ⁵⁶ En este sentido, el adulto mayor 1 se diferencia de los otros dos entrevistados, adoptando un discurso equitativo que evidencia un manejo más profundo de la temática de género, presumiblemente asociado a un más alto nivel sociocultural.
- ⁵⁷ Aguirre y Batthyány; 2005: 111
- ⁵⁸ Lozoya; 2004
- ⁵⁹ Aguirre; 2003
- ⁶⁰ Murillo; 1996
- ⁶¹ Parsons; 1949
- ⁶² De acuerdo a datos de CEPAL, en el año 1999, 69% de los jefes de hogares urbanos eran varones mientras que 31% eran mujeres.
- ⁶³ Arriagada; 1998
- ⁶⁴ Lozoya; 2004
- ⁶⁵ Arriagada; 1995
- ⁶⁶ Latinobarómetro; 2004
- ⁶⁷ Estos datos no se encuentran disponibles desagregados por sexo y edad, lo cual sería de gran valor en el marco de este estudio.
- ⁶⁸ Badinter; 1993
- ⁶⁹ Aguirre y Batthyány; 2001
- ⁷⁰ Aguirre y Batthyány; 2005
- ⁷¹ Marqués en Valdés y Olavarría; 1997: 30
- ⁷² Aguirre y Batthyány; 2001
- ⁷³ En este sentido, Graña asegura que el porcentaje de mujeres trabajadoras mayores de 12 años rondaba el 30% en 1970, aumentando a un 44% dos décadas después, aumento que resulta aún más significativo si tomamos en cuenta el fenómeno del subregistro estadístico femenino⁷³. De acuerdo a datos del INE de 2002, la proporción total de mujeres participantes de la PEA en el año 2002 es de un 49,4%
- ⁷⁴ Aguirre, 1998: 19
- ⁷⁵ Paredes; 2003
- ⁷⁶ Ohme; 1997
- ⁷⁷ *“la diversidad de arreglos familiares, su modificación debido a distintas condiciones estructurales [...] y la consecuente redefinición de posiciones de género hace que las percepciones sobre paternidad y maternidad estén sujetas a cambios permanentes [...] La cuestión de la paternidad por lo tanto, no puede entenderse sin apelar a las transformaciones ocurridas en el contexto social más amplio y al papel de las mujeres en a redefinición de las categorías domésticas. Caso contrario, las investigaciones pueden presentar un retrato que no pasa de ser obvio: la paternidad como parte de un, así llamado, ‘ciclo vital’ de los hombres y no como una práctica relacional cargada de contradicciones”* (Andrade; 2001: 15)
- ⁷⁸ Paredes; 2003: 3

⁷⁹“constituyen en imperativos que la sociedad se ha encargado de regular. Ser madre y ser padre comporta una suma de derechos y obligaciones. [...] el hecho de tener hijos impone una durabilidad como ninguna otra relación la impone al día de hoy en las sociedades occidentales contemporáneas. Y claro, obliga”. (Paredes; 2003)

⁸⁰Latinobarómetro; 2004

⁸¹SERNAM; 2002: 24

⁸²Aguirre y Batthyány; 2005

⁸³Hirata y Kergoat; 1999

⁸⁴El trabajo “*Uso del tiempo y trabajo remunerado*” de Aguirre y Batthyány (2005) constituye uno de los ejemplos locales más recientes de este tipo de investigación.

⁸⁵Aguirre; 2003: 169

⁸⁶De acuerdo a Aguirre, en Uruguay existe segregación horizontal y vertical. Esto implica una concentración de empleo femenino en un número reducido y determinado de sectores y ocupaciones considerados como típicamente femeninos y a su vez, concentración de hombres en sectores y ocupaciones considerados como masculinos. De acuerdo a estimaciones realizadas para las zonas urbanas de Uruguay, en 1998 un 30% de las mujeres trabajaban en ocupaciones con más de un 90% de mujeres y un 44% de los hombres estaban ocupados en ocupaciones con más de un 90% de hombres. En palabras de Aguirre: “La segregación es uno de los factores más fuertes de exclusión de las mujeres de los puestos de trabajo, ya que restringe las opciones ocupacionales de las mujeres, a las ocupaciones consideradas como culturalmente aptas y las conduce a profesiones desvalorizadas socialmente”. (Aguirre; 2003)

⁸⁷Bourdieu señala que el proceso que va desde la anatomía de los sexos hasta las estructuras cognitivas que los incluyen, se vuelve nuevamente sobre las estructuras anatómicas. Así, se produce una “masculinización” del cuerpo masculino y una “feminización” del cuerpo femenino, procesos históricos que determinan la somatización de la relación de dominación, que se ve de esta forma “naturalizada” (Bourdieu; 1998)

⁸⁸De acuerdo a Aguirre, “Los ingresos laborales femeninos siguen siendo muy inferiores a los masculinos (en 1996, el ingreso medio femenino era en Uruguay un 63% del ingreso medio masculino). Sin embargo, se observa que esta brecha se ha debilitado respecto a los comienzos de la década de los noventa”. (Aguirre; 2001: 172)

⁸⁹De acuerdo a una encuesta de opinión realizada por el CIS en España, un 77,1% de los encuestados se manifiesta “muy de acuerdo” o “bastante de acuerdo” con la frase “Las cargas familiares son el principal obstáculo para que las mujeres puedan desempeñar sus trabajos en condiciones de igualdad con los hombres”. (CIS; 2004)

⁹⁰Latinobarómetro; 2004

⁹¹Aguirre y Batthyány; 2005: 102

⁹²Aguirre y Batthyány; 2005

⁹³En este sentido, una encuesta de opinión realizada por el CIS en España revela que un 61,3% de los encuestados se manifiesta “muy de acuerdo” o “bastante de acuerdo” con la frase “A menudo la vida familiar se resiente porque los hombres se concentran demasiado en su trabajo”(CIS; 2004)

⁹⁴“Hoy en día la revisión del concepto adquiere renovada importancia dado que en el contexto de la globalización, el real ejercicio de la ciudadanía -en cuanto a la concreción de derechos económicos y sociales- pasa por nuevas dificultades, al mismo tiempo que se avanza en hacer visibles las diversidades entre identidades diferenciadas” (Aguirre; 2003: 5)

⁹⁵Ley 16.045 de 1989 de igualdad de trato y oportunidades en el empleo, ratificación de la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación de la mujer y Convenios 100, 111 y 156 de OIT

⁹⁶“Existen relaciones de poder, normas sociales y estereotipos de género que impiden o dificultan el ejercicio de esos derechos consagrados legalmente lo cual contribuye a explicar la brecha entre igualdad formal e igualdad sustantiva” (Aguirre; 2001: 174)

⁹⁷Aguirre; 2001: 175

⁹⁸ Ver apartado III.

⁹⁹ Latinobarómetro; 2004

¹⁰⁰ Indicadores de Género del INE; 2004

¹⁰¹ Ver consideraciones acerca del proceso de “construcción social de los cuerpos”.

¹⁰² Los entrevistados mencionan el ejemplo de la medicina, carrera tradicionalmente asociada a los varones, donde incluso en la actualidad, las pacientes mujeres muchas veces prefieren la atención de un médico varón a la de una profesional mujer.

¹⁰³ Delgado y Gutiérrez; 1995: 29

¹⁰⁴ En López Gómez (Coord.), 2006

¹⁰⁵ En López Gómez (Coord.), 2006

¹⁰⁶ En López Gómez (Coord.), 2006

¹⁰⁷ Delgado y Gutiérrez; 1995: 57

¹⁰⁸ No obstante, se reconoce que las pautas de este tipo –cerradas– ofrecen mayores ventajas al momento de la sistematización y el análisis.